

**EL ATENEO DE MADRID,
CIRCULO DE CONVIVENCIA INTELECTUAL (1885-1913)**

Por FRANCISCO VILLACORTA BAÑOS

El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid es una de las instituciones más atractivas y singulares de la cultura española contemporánea. Fundado en 1835 al amparo del impulso político y cultural del movimiento romántico, desenvolviéndose en entrañable simbiosis con la trayectoria del liberalismo español, como centro de confluencia de los diversos idearios políticos y de un peculiar concepto sociológico de la cultura, recibiendo y reflejando los logros y las limitaciones del pensamiento científico español, su historia resume en un cuadro vivo, penetrante y en ocasiones superficial esa vena polémica y moralista que caracteriza las creaciones intelectuales de la inteligencia liberal española.

Desde sus orígenes se ha venido clasificando la anárquica y universal curiosidad intelectual ateneísta en tres aspectos institucionales que agrupan otras tantas maneras pedagógicas y sociológicas de entender la actividad cultural, es decir, de organizar el pensamiento y de vincularlo a la realidad social. Se ha considerado indistintamente el Ateneo como Academia de cultura superior, como Instituto de enseñanza y como Círculo literario y artístico. En las tres acepciones la historia del Ateneo aporta noticias y datos inéditos que arrojan alguna luz sobre el desenvolvimiento de los ideales políticos, científicos y culturales de la inteligencia española durante un siglo¹.

Hay, sin embargo, un aspecto de la personalidad del Ateneo que, por evidente y supuesto en sus tradicionales concepciones, no ha sido destacado con

¹ Los principales trabajos que se pueden consultar sobre la institución ateneísta son: RAFAEL M.^a DE LABRA, *El Ateneo de Madrid. Sus orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir*, Madrid, 1878. Idem, *El Ateneo de Madrid. Notas históricas (1835-1905)*. ANTONIO RUIZ SALVADOR, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, Londres, 1971, e IDEM, *Ateneo, Dictadura, República*, Valencia, 1976.

rasgos equivalentes a su verdadera importancia. Nos referimos al Ateneo como círculo de convivencia, hogar espiritual de los intelectuales madrileños, centro de confluencia de opiniones encontradas acerca de la función del intelectual en la sociedad, muestrario privilegiado de las transformaciones sufridas por las propias capas intelectuales a lo largo de una etapa histórica en que se produce su eclosión y protagonismo.

Y sin embargo, apenas es posible completar el estudio de la cultura en la época liberal sin un trabajo de este tipo, porque en ningún otro momento las tendencias predominantes de la cultura y de la ciencia se han desarrollado con menor débito al conocimiento de escuela. «Una investigación sociológica de la cultura en la sociedad liberal —dice K. Mannheim al respecto— debe comenzar con la vida de aquellos que crean la cultura, es decir, los intelectuales, y su posición dentro de la sociedad como conjunto»².

Nos impone también este tipo de estudio la misma ambigüedad de la institución ateneísta. Es ateneísta tanto una conferencia erudita sobre el arte griego como una discusión sobre el problema obrero, aunque en su entidad representen concepciones diferentes sobre la cultura y grados diversos de compromiso con la sociedad de la época. «El Ateneo —dice Azaña— excita la curiosidad personal mediante su biblioteca y sus debates, pero recibe y amplía impulsos individuales, es móvil, es resonador; recoge y propone. Muy pródigo y complejo, a veces fútil, con malgasto de tiempo y energía, es la más durable creación libre de un siglo, durable a causa de su libertad, que nos permite modelarlo sobre lo urgente. Borroso de límites, podemos pensarlo a nuestro modo, darle el contenido menos disímil con nuestro ser personal»³.

Es éste un carácter que pervive a lo largo de toda la trayectoria ateneísta y que cobra precisamente mayor relieve conforme el resto de las funciones culturales y sociales del Ateneo se modifican, pierden su primitivo vigor, desplazadas por otras organizaciones institucionales de la cultura más acordes con las tendencias de especialización y profesionalización creciente que aquella adopta. El Ateneo de Madrid en cuanto círculo de convivencia intelectual es, sin duda, el más permanente y peculiar carácter de su variada historia.

A) EL INTELLECTUAL Y SU ESTUDIO

Estos planteamientos iniciales nos conducen a un primer problema: el de definir el concepto mismo de intelectual y de fijar los límites de su contenido.

² T. S. ELLIOT, *Notas para la definición de la Cultura*. Buenos Aires, 1949, pág. 55, citando a K. MANNHEIM, *Mind and Society*.

³ MANUEL AZAÑA, «Tres Generaciones del Ateneo», en *o. c.*, t. I, pág. 631.

En relación al objeto de su actividad se referiría, según A. Gramsci, «únicamente a la función social inmediata de la categoría profesional de los intelectuales, es decir..., la dirección en que gravita el peso principal de la actividad específica; si en la elaboración intelectual o en el esfuerzo muscular-nervioso», ya que, en términos amplios, «la intervención intelectual no puede excluirse de ninguna actividad humana»⁴. Por sus elementos componentes sería, según Mannheim, «un conglomerado entre, pero no sobre, las clases»⁵, con diversas opciones y situaciones de clase, aunque con un homologable talante espiritual en el enfrentamiento con los problemas de la vida social; su tipología sería muy variada: profesionales liberales, técnicos, profesionales de la enseñanza, científicos, alta administración, artistas, hombres de cultura, etc., y su movilidad social estaría asociada a la de aquellos grupos o clases sociales cuyos valores asumiese en una consciente identificación social o cuyas funciones ayudase a definir al nacer, en simbiosis «orgánica» con el grupo social, «en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica»⁶.

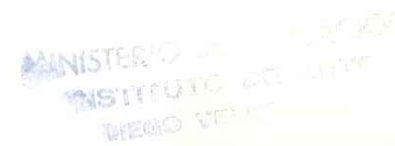
La profesionalización creciente, es decir, la vertebración de los intelectuales en grupos de intereses específicos e incluso antagónicos es un rasgo característico de la moderna evolución del concepto de lo intelectual, y sobre ella ha de gravitar el peso de su estudio social. Azaña al hacer balance en 1930, en el discurso inaugural de las cátedras ateneístas, de las generaciones de intelectuales que habían transitado hasta entonces por el Ateneo, contempla esa evolución desde una primera generación «unitaria, activa y creadora», que ocupa los primeros lugares de la jerarquía social, política y cultural de la nación hasta otra entregada a sus particulares ocupaciones intelectuales y que sólo en un proceso consciente de autoelección se reconcilia con la unidad de la experiencia histórica concreta.

La profesionalización o especialización es, por otra parte, una categoría fundamentalmente social, es decir, enraizada en la necesidad de especialistas y técnicos demandados por la creciente complejidad del sistema productivo y de teóricos sistematizadores de las nuevas experiencias sociales. Los intelectuales constituyen, según la terminología de Gramsci, categorías orgánicas de nuevos grupos sociales integrados con función propia en el campo de la producción económica y social. Sin embargo, la relación entre los intelectuales y el mundo de la producción no es inmediata, como ocurre con los grupos sociales fundamentales, sino que pasa por la «mediación, en grado diverso,

⁴ ANTONIO GRAMSCI, *Cultura y Literatura*. Barcelona, 1972, pág. 31.

⁵ KARL MANNHEIM, *Ensayos de sociología de la Cultura*. Madrid, 1957, pág. 155.

⁶ A. GRAMSCI, *ob. cit.*, pág. 27.



de todo el tejido social, del mismo complejo superestructural de que los intelectuales son, precisamente, los *funcionarios*»⁷. Esta función la realizan los intelectuales, como primera aproximación, en «dos grandes *planos* superestructurales: el que puede llamarse de la *sociedad civil*, es decir, el conjunto de organismos vulgarmente llamados *privados* y el de la *sociedad política o Estado*, que corresponde a la función de *hegemonía* ejercida por el grupo dominante en toda la sociedad y a la función de *dominio directo* o de mando que se expresa en el Estado y en el Gobierno *jurídico*»⁸, y que en conjunto persigue la perpetuación del sistema político y social imperante, ya sea reforzando el «consentimiento *espontáneo* de las grandes masas de la población a la dirección impresa a la vida social por el grupo fundamental dominante» o aplicando el «aparato de coerción estatal que asegura legalmente la disciplina de aquellos grupos...», cuando «el consentimiento espontáneo se debilita»⁹.

La clasificación es sugestiva para un país como España donde tradicionalmente se ha venido achacando a los intelectuales su propensión a buscar cobijo en la cómoda y paralizante protección del erario público¹⁰; puede arrojar también alguna luz sobre los tradicionales sistemas de dominación política, tan cuidadosamente estructurados en la época de la Restauración; sitúa, por otra parte, el concepto de cultura en un nivel diferente al idealista tradicional al ponerlo en estrecha dependencia con el conjunto de los valores, leyes y normas que rigen la vida toda de la sociedad en un momento histórico determinado, en relación dialéctica con los mecanismos de acción social concreta.

Naturalmente que estos amplísimos conceptos de lo intelectual y de su medio natural permiten calificaciones ulteriores. La primera, la de su propia cohesión interna. «La misma función organizativa de la hegemonía social y del dominio estatal —sigue diciendo Gramsci— da lugar a una cierta división del trabajo y, por consiguiente, a una graduación de calificaciones, en algunas de las cuales no parece existir ya ninguna atribución directiva y organizativa»¹¹.

Un estudio sociológico de los intelectuales debe rozar el conjunto de los datos históricos; la estructura social, para esclarecer el marco de su reclutamiento; la cultura, para enmarcar su ámbito teórico e institucional; el

⁷ *Ibidem*, págs. 34-35.

⁸ *Ibidem*, pág. 35.

⁹ *Ibidem*, pág. 35.

¹⁰ K. Mannheim dice al respecto: «Las grandes organizaciones... suelen ser capaces de asimilar y adoctrinar al recién llegado y de paralizar sus deseos de discrepar e innovar... La organización a gran escala es un factor de esterilización intelectual», en *ob. cit.*, pág. 237.

¹¹ A. GRAMSCI, *ob. cit.*, págs. 35-36.

desenvolvimiento material, para configurar el carácter de sus asociaciones culturales y profesionales; su influencia y proyección social, condición previa para definir sus propias funciones sociales como grupo, pero ha de hacerlo sólo en ese punto en que los datos de la conciencia individual reflejan una estructura histórica y se adhieren a un proyecto social generalizado.

Este trabajo no pretende abarcar todas las posibilidades de ese estudio, sino sólo sorprender a los intelectuales madrileños en uno de sus ambientes preferidos, recoger como datos aislados en el hogar intelectual ateneísta algunos de sus caracteres más sobresalientes y recomponerlos en lo que un análisis exhaustivo aclararía como estructura adecuada de una realidad histórica concreta.

B) INTELLECTUALES ATENEÍSTAS

El 20 de noviembre de 1930 Manuel Azaña, a la sazón Presidente del Ateneo de Madrid, pronuncia en la sesión de apertura de curso un importante discurso —importante «en la biografía intelectual de Azaña y en la historia de la España contemporánea» según Juan Marichal¹²—, en el que intenta trazar los rasgos característicos de las generaciones intelectuales agentes de la historia de la Docta Casa. En realidad y sin verdadera intención de aportar un análisis generacional propiamente dicho, la intención de Azaña se reduce a encarnar en el carácter público de los intelectuales y políticos ateneístas las grandes mutaciones históricas producidas en el cuerpo social y en la vida política de la nación durante un siglo.

La primera generación es la romántica, la impulsora del régimen liberal, imbuida de su misión civilizadora de la España tradicional a través de la difusión de las luces, compuesta por hombres de trayectoria vital semejante: «la logia, el club, el periodismo, el presidio, el Parlamento, el Ministerio: estancias de los más notables» (pág. 621). Pero la providencial misión que ella misma se atribuía se redujo, en la realidad, a cambiar, con indudables limitaciones, «la base económica del poder» y desde esta posición realizar una transacción con los viejos poderes desposeídos, dejando a salvo la «base psicológica de la fidelidad»: «a fuerza —decía Azaña— de oírse llamar a la obediencia, al respeto y a la fidelidad, en nombre de la Corona y de la Iglesia, concluyó poniendo al servicio de ambas la fuerza política, el poderío económico que frente a ellas y para tenerlas a raya conquistó» (pág. 623).

¹² JUAN MARICHAL, «La Vocación de Manuel Azaña (1880-1930)», introducción a las *o. c.* de MANUEL AZAÑA, t. I, México, 1966, pág. LII. Las citas de páginas en el texto corresponden a dicho discurso: «Tres Generaciones del Ateneo», en *o. c.*, t. I, págs. 620-637.

Imponer y consolidar esta transacción es la tarea reservada a la segunda generación, que para Azaña llena toda la segunda mitad de siglo. Una generación asentada en el moderantismo, gobernando «mediante una corta oligarquía de hombres entendidos en la administración y en los negocios» que «acaba por anexionarse el Estado convirtiéndolo en dependencia de su partido. Su política consiste en hallar un orden legal que cubra el despotismo, y en cebar las ambiciones con el fomento de los intereses materiales. Sus armas: el autoritarismo despótico y la corrupción» (pág. 625). En el Ateneo cuatro jóvenes personalidades de la generación: Campoamor, Valera, Castelar y Cánovas «representan la cumbre de los valores oficiales de España, en lo que afirman y en lo que niegan. En el Ateneo apenas circulaban otros» (pág. 627).

Años más tarde estos mismos nombres, «en lo sumo del poder o la celebridad, pueblan el Olimpo de la Restauración y apuran su vida en el Ateneo: sobre la Restauración y el Ateneo pesa la mano de Cánovas» (pág. 627). ¿Cuál es el balance de su larga etapa de predominio? Según Azaña «ninguno acertó a poner en línea la conducta y el pensamiento, lo que eran y lo que representaban. Cánovas, en el ápice del poder, quisiera ser gran prosista, crítico e historiador... Valera, no contento con su autoridad de escritor, ambicionaba ser ministro, ganar amigos, adquirir poder. Castelar quisiera ser novelista sin observación e historiador sin método. Campoamor, más filósofo, tomaba el sol en el Retiro, viviendo sus Doloras, y oía misa los domingos por no oír a su mujer» (págs. 627-628).

Este es el Ateneo que encuentran los intelectuales de principios de siglo: grave, vetusto, académico, casi una prolongación de la Universidad, en pleno apogeo de la Escuela de Estudios Superiores: «frialdad, silencio, vejez: eso había», dice Azaña, que se incorpora por aquellos años a la vida ateneísta. Pero es también el punto crucial en que estalla la rebeldía de una nueva generación, espoleada por el Desastre. La generación del 98 hace acto de presencia en el Ateneo «y sin haberlo gobernado nunca difunde su espíritu, crea el Ateneo disidente, sacándolo del marasmo en que lo tenía preso los númenes canovistas» (pág. 620).

Evidentemente Azaña proyecta sobre su análisis la perspectiva del político que asiste al desmoronamiento final del régimen de la Restauración. Su misma periodicidad generacional está basada en criterios estrictamente políticos. Es el sistema liberal, tal como se había impuesto en España y por encima de sus formas coyunturales, sea la del Estatuto Real, la Unión Liberal o la Restauración, el objeto de su crítica. «El impulso dado al Ateneo —dice desde la perspectiva de 1930— y el giro que lleva desde hace treinta años, expresan la mudanza sufrida en la conciencia pública. El Ateneo, enteco y casi arrui-

nado merced a su gravedad en tiempos anteriores, se hizo numeroso, bullicioso y libre como nunca. Roto el acatamiento a lo consagrado, perdió aquí cuanto las instituciones de la sociedad española encumbran y avaloran. Buen síntoma fue que empezara a extinguirse la correspondencia tradicional entre la órbita ateneísta y el mundo político, singularmente el parlamentario» (página 631). ¿No significa esto, en definitiva, un replanteamiento de las relaciones entre el campo del poder y el campo intelectual? ¿No lo expresa así Azaña? «Los hombres del 98 —dice— y sobre todo —recuerdo las defecciones personales— su espíritu, en que nos hemos criado, instauraron la actitud de repulsa, trazaron el ángulo crítico, abrieron cauce al movimiento inaugural de una edad nueva, rompiendo con cuanto el Estado representa; bien entendido que no empleo esta expresión en su estricta categoría jurídica, sino como representación, guía y tutor de una continuidad histórica» (pág. 632).

Nuestro trabajo sorprende en el centro de su arco temporal el desarrollo de este fenómeno. Comienza por las fechas en que el sistema de la Restauración se asienta firmemente y termina en aquellas en que aparece el definitivo declive. Siguiendo los mismos criterios políticos que utiliza Azaña podríamos decir que se inicia en pleno auge del largo predominio de la generación liberal-doctrinaria, contempla el imperioso surgimiento de la generación crítica del 98 y termina en el preciso instante en que una nueva generación, hija en espíritu de la anterior, pero tocada con el soplo de la vocación política, inicia su andadura¹³. La presencia del mismo Azaña en la Secretaría 1.^a del Ateneo de Madrid a partir del curso 1912-13 encarna en esta institución el cambio producido. El tiempo generacional, por otra parte, se precipita, junto a los mismos acontecimientos políticos que le sirven de canon. Diez-quince años para un relevo generacional, durante los cuales los intelectuales se apartan críticamente del poder mientras que los más jóvenes se plantean paralelamente la necesidad de asaltarlo para cumplir el programa modernizador y regeneracionista de los mayores. Azaña fue, tal vez, el intelectual-político que, dentro naturalmente de su perspectiva liberal pequeño-burguesa, más claramente vio la tarea.

B.1) El Ateneo canovista¹⁴

En 1875, con la restauración monárquica y el establecimiento de un régimen de restricciones de las libertades públicas y de prensa e imprenta, la

¹³ Sobre la llamada Generación del 14 véase JUAN MARICHAL, intr. cit., págs. XLIII-LIV.

¹⁴ Hablamos de «Ateneo canovista» en el mismo sentido que podemos hacerlo de «régimen canovista», es decir, en cuanto una individualidad, por su preparación y sus condiciones políticas, recibe la confianza de un haz de fuerzas predominantes, las interpreta al definir el marco jurídico del régimen y las encarna en la lucha por el poder político. Para

democracia se refugia en el Ateneo. Los intelectuales madrileños de la época, que tan propicios han sido para evocar con una cierta nostalgia su paso por los salones ateneístas, lo recuerdan como un refugio del libre pensamiento y de la polémica encendida. «Cuando me traslado con la fantasía a aquel vestíbulo caserón de la calle de la Montera —escribe el periodista Antonio Cortón en 1890— y recuerdo los días luminosos en que la juventud que ahora brilla nos dio la profecía deslumbradora de su inspiración y de su genio, me parece ver la melancólica figura de Moreno Nieto, dirigiendo los debates, y allá, en las butacas de rejilla, a la derecha, al batallador P. Sánchez, y en la izquierda, entre la bulliciosa y democrática minoría a Montoro, González Serrano, Rivila, Galvete, Reus, Burrell, Perojo, Valdivia, Palacio Valdés, Escobar y Laredo, y tantos otros jóvenes... En aquel recinto, donde la democracia encontró refugio en los días nebulosos de la Restauración alfonsina»¹⁵ coincidieron en un ambiente de eferescencia intelectual las fuerzas políticas del Sexenio desplazadas del poder y los hombres más representativos del nuevo pensamiento filosófico y científico. Positivistas como Francisco M.^a Tubino, Cortezo, Simarro y Uztáriz, neokantianos como Perojo y Rivila, krausistas como Azcárate, Carvajal, Pelayo Cuesta, Labra, González Serrano, Canalejas y hegelianos como Montoro, Reus y Fabié combatían a los elementos tradicionalistas y católicos —Valle, Amat, Moreno Nieto, el P. Sánchez, Fuentes, Rodríguez San Pedro, Perier, Fernández Henestrosa, etc.— en la mayor parte de las discusiones que se celebraron en el Ateneo de estos años. Desde el punto de vista político las opciones se inclinaban hacia un constitucionalismo, monárquico o republicano, conservador o democrático, que será la base fundamental de los partidos turnantes y del republicanismo posibilista de Castelar.

Miguel de Unamuno, que no conoció directamente este ambiente de libre debate de los primeros años de la Restauración, lo evocará bastantes años después como reflejo de una opinión general: «Hubo un tiempo —escribía en 1915— en que se llamó a este Ateneo la Holanda de España, el refugio de la libertad de pensamiento, cuéntase que en la época de la llamada Restauración, a raíz del establecimiento de la dinastía borbónica en España, después de 1876, Cánovas del Castillo, árbitro de las libertades civiles en España y fervoroso ateneísta, sostenía que en el Ateneo se podía decir todo lo que fuera de él no era permitido se dijera»¹⁶. Los testimonios podrían ser numerosos¹⁷.

situar el papel de Cánovas en el nacimiento del régimen de la Restauración véase MANUEL ESPADAS BURGOS, *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*. Madrid, 1975.

¹⁵ ANTONIO CORTÓN, «Gente Antillana: Rafael Montoro», en *Revista de España*, n.º 129, 1890, pág. 92.

¹⁶ MIGUEL DE UNAMUNO, «La evolución del Ateneo de Madrid», en *o. c.*, t. VIII. *Autobiografía y Recuerdos*. Madrid, 1966, pág. 367.

¹⁷ Véanse por ejemplo los testimonios de MODESTO SÁNCHEZ DE LOS SANTOS, *Las Cortes Es-*

Sin embargo, las fuerzas de oposición al canovismo, continuadoras del impulso democrático que alentó la Revolución de 1868, están ahora en franco retroceso y en trance de descomposición interna. El fracaso de la experiencia revolucionaria las ha dividido y debilitado, ha moderado sus impulsos, que ya no son aquellos que en los años anteriores a 1868 hicieron del Ateneo la representación del nuevo espíritu, ha convertido sus proyectos en utopías, esa utopía que Moret achaca en el mismo Ateneo en 1885 a los hombres de su generación¹⁸. Sobre el Ateneo del último cuarto de siglo, como sobre el sistema general de la Restauración, pesa, como dice Azaña, la mano de Cánovas. Aun como refugio de la democracia, el Ateneo de estos años procura con mayor afán la reforma del régimen que su derrocamiento. «La democracia ateneísta de los primeros años de la Restauración —dice Ruiz Salvador— es, salvo contadas excepciones, democracia castelarina o posibilista»¹⁹.

Hacia 1885 el régimen canovista está plenamente asentado. La Regencia produce una cierta inquietud, pero se afronta con pragmatismo. Los políticos que sostuvieron la monarquía democrática de Amadeo de Saboya y la I República se han integrado al sistema o forman minorías parlamentarias sin ninguna posibilidad frente a los partidos turnantes. Los catedráticos separados de sus cátedras en 1876 han sido rehabilitados en 1881. La vida política y cultural ha adoptado un cauce de normalidad dentro de las coordenadas de principios y valores del sistema.

El turno pacífico de los partidos se refleja en la Presidencia del Ateneo con un ritmo semejante al de la esfera política. En 1875 es elegido J. Moreno Nieto y ocupa el cargo hasta 1881²⁰. A partir de 1882 y salvo el período del republicano G. de Azcárate —1891-92, 1892-93 y 1893-94— los liberales y conservadores se reparten la Presidencia de la Casa. Cánovas, desplazado del Gobierno, preside el Ateneo en 1882-83 y simultáneamente éste y el Consejo de Ministros a partir de enero de 1884. Moret preside en 1884-85 y 1885-86; en

pañolas. *Las de 1907*, Madrid, 1908, pág. 120. ARMANDO PALACIO VALDÉS, «Los Oradores del Ateneo», en *Semblanzas literarias*, Madrid, 1908, págs. 10-11. Aparte de las reseñas de las actividades en la *Revista Contemporánea* y en la *Revista Europea*, véase A. RUIZ SALVADOR, *ob. cit.*, págs. 129-151.

¹⁸ «Todo esto (generalizaciones caprichosas y preconcebidas, citas arbitrarias, etc.) ha fomentado en la generación a que yo pertenezco el desordenado amor a la Utopía... y una seguridad para criticarlo todo y calificarlo todo, sin necesidad de examen ni de análisis, lo cual más que ninguna otra causa ha engendrado la crisis que atravesamos», dice en el *Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret el día 16 de noviembre de 1885 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de las cátedras*, Madrid, 1885, pág. 22.

¹⁹ A. RUIZ SALVADOR, *ob. cit.*, págs. 129-130.

²⁰ Sobre J. Moreno Nieto y sus relaciones con el Ateneo véase ANTONIO MAESTRE Y ALONSO, «Los Presidentes del Ateneo», en *Revista de España*, n.º 135, 1891, págs. 109-112. También URBANO GONZÁLEZ SERRANO, «José Moreno Nieto. Estudio biográfico», en *El Ateneo. Revista Científica, Literaria y Artística*, n.º 3, 1889, págs. 195-301 y 329-336.

noviembre de 1885, pocos días después de leer el discurso inaugural de las cátedras, pasa a ocupar la cartera de Estado en el Gabinete liberal de Sagasta. En los dos cursos siguientes, 1886-87 y 1887-88, ocupa la Presidencia ateneísta el liberal Núñez de Arce. En junio de 1888, y tras unas reñidas elecciones, obtiene la Presidencia Cristino Martos, aunque en diciembre del mismo año presenta la dimisión, fundándose, según *La Iberia* de 13 de diciembre de 1888, en sus múltiples ocupaciones²¹. Sin embargo, parece ser que el largo predominio liberal pesaba ya demasiado sobre los ateneístas conservadores. En efecto, Martos es sustituido por Cánovas, que preside el Ateneo durante ese curso, durante el siguiente y desde junio de 1890 conjuntamente el Consejo de Ministros y el Ateneo (curso 1890-91). Después del paréntesis republicano comienza en 1894-95 un largo período de predominio liberal, definitivo después de la muerte de Cánovas en 1897. Moret preside el Ateneo entre aquel curso y 1897-98. José Echegaray en 1898-99 y otra vez Moret a partir del curso siguiente hasta 1912-13.

La oposición antidinástica bulle, mientras tanto, por debajo del civilizado olimpo de los partidos turnantes. En 1884 con ocasión de la inauguración del nuevo edificio ateneísta de la calle del Prado, ceremonia presidida por Alfonso XII, tiene ocasión de manifestarse, aunque también ella parece haberse contagiado de la aparente civilidad del régimen. «No se le hizo ningún desaire al soberano —decía posteriormente el periodista Luis Morote— porque los ateneístas son espejo de cortesía, pero muchos, deliberadamente, se retrajeron de asistir a la fiesta por no rendir pleitesía a un rey que lo era de los monárquicos, pero no de los republicanos. Yo recuerdo muy bien que un periodista, corresponsal de un periódico republicano de Valencia..., soltó una carcajada sonora cuando Cánovas decíale al rey que el Ateneo consideraba como una gran honra su visita»²². El conde de Romanones recordará bastantes años después aquel ambiente: «con enorme curiosidad se esperaba el discurso regio. La expectación fue defraudada y hubo momentos de peligro, sólo salvados por la gran autoridad de D. Antonio. Fácil explicación tiene lo sucedido: el auditorio se hallaba compuesto en una buena parte por gentes poco entusiastas de la Restauración borbónica. Esto lo sabía el Rey y el temor a alguna manifestación de hostilidad le impresionó en demasía»²³.

Toda la prensa madrileña reseña la inauguración como un acontecimiento de la cultura y de la sociedad madrileña. Están presentes el Gobierno, el Cuerpo Diplomático, comisiones de las Academias oficiales, Tribunales y Corpora-

²¹ Véase también A. MAESTRE Y ALONSO, art. cit., págs. 116-117.

²² LUIS MOROTE, *El Ateneo de Madrid... Labra en Palacio*, Madrid, s. a., pág. 3.

²³ CONDE DE ROMANONES, *Notas de mi vida*, vol. I, Madrid, s. a., págs. 90-91.

ciones, caras conocidas de la aristocracia madrileña, «la aristocracia de la hermosura y el buen tono», según reseña *El Imparcial* de 1 de febrero de 1884. Es este tono precisamente el que divide las opiniones de los periodistas: «público conocido, brillante, de gran tono —opina *El Liberal*—, el mismo que organiza novenas y bailes benéficos», ante el que los socios antiguos se encuentran como encogidos y en casa ajena. «Muchos republicanos se abstuvieron de ir a la sesión de anoche —continúa—. Hicieron mal. Hubieran pasado un buen rato. Pero de los buenos.» El discurso de Cánovas, infinito; el del Rey, sin comentarios²⁴.

Las posiciones eran encontradas también en cuanto a las consecuencias que podría arrastrar al Ateneo la aceptación del nuevo socio real. La civilizada cortesía ateneísta, en efecto, no es obstáculo para una defensa a ultranza de su tradicional independencia. Cuando la comisión de la Junta de Gobierno del Ateneo visitó al Rey el 27 de enero de 1884 para ofrecerle la presidencia del acto inaugural del nuevo edificio, aquél manifestó su deseo de ser contado entre los socios ateneístas, deseo que fue resuelto favorablemente en Junta de Gobierno reunida en el mismo día. Pues bien, sólo unos días más tarde, el 3 de febrero, *La Correspondencia de España* recogía el rumor que circulaba en los medios intelectuales acerca de la intención de gran número de socios ateneístas de presentar un voto de censura contra la Junta de Gobierno por haber admitido socios nuevos sin la aprobación de la Junta General ordinaria como era reglamentario según los Estatutos; actitud de evidente contestación ante el trato de favor recibido por el nuevo socio real. Unos días después, el 10, se celebraba Junta General ordinaria y esta protesta provocaba el único momento tal vez de tensión en la vida del Ateneo de estos años. Según informaba *El Liberal* del día siguiente más de 100 socios presentaron a la mesa, presidida por el republicano Pedregal, una proposición escrita pidiendo que, con arreglo al reglamento, se diera cuenta de los socios admitidos durante el mes de enero. La proposición fue preterida a otros asuntos de trámite hasta que al fin el vicepresidente señor Carballeda, que había sustituido al señor Pedregal en la presidencia, dio por concluida la sesión e hizo apagar las luces del salón de sesiones. El escándalo entre los presentes fue mayúsculo, incluidos los elementos conservadores según *El Liberal*, muchos de los cuales se adhirieron a la proposición no leída. Al día siguiente la mayoría de los periódicos de Madrid se hacían eco de la agitación ateneísta, interpretándola, sin embargo, diversamente. *El Globo*, *El Porvenir*, *El Progreso* y *El Imparcial* coincidían con *El Liberal* en condenar aquella medida de arbitrariedad presi-

²⁴ Véase también VICTORIANO GARCÍA MARTÍ, *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*, Madrid, 1948, págs. 169-184.

dencial. *La Epoca* achacaba el incidente a una minoría de personas, lo mismo que *El Noticiero*, que se burlaba de «media docena de ateneístas que chillan»; *La Fe* hablaba con indudable exageración del Ateneo como «un centro en que predomina el espíritu racionalista y antimonárquico». Se vuelve a acusar al Ateneo de politización y *El Liberal* apunta veladamente como origen de los hechos la secreta intención de Cánovas de cerrar el Ateneo.

Los hechos quedaron así y unos días más tarde, el 17 del mismo mes de febrero, *La Correspondencia de España* informaba del donativo de 3.000 duros entregados por el Rey al Ateneo para atender necesidades de la Biblioteca. Naturalmente no podemos por menos de atribuir a un deseo real de congratularse con la opinión ateneísta este donativo. Creemos que esto y los hechos consumados acallaron la protesta.

Entre 1885 y final de siglo, salvado el escollo anterior, la vida del Ateneo se desarrolla sin sobresaltos ni demasiadas mudanzas. A los nombres tradicionales de la generación septembrina —F. de Paula, Canalejas, G. Rodríguez, Castelar, Salmerón, Echegaray, Sanromá, Moret, Valera, Cánovas, Pedregal, Azcárate, Figuerola, Posada Herrera, Núñez de Arce, Montero Ríos—, ahora en numerosos casos «dividida contra sí misma» en palabras de Azaña; algunos de sus miembros adaptados «por escepticismo» al orden existente, otros empeñados «en subir la realidad española a un grado de compostura civil arreglado al interés de su clase»²⁵, se añaden los hombres de relevo de la política, la ciencia y las letras: Silvela, Alvaro de Figueroa, Simarro, Salillas, Riaño, Rodríguez Carracido, Antón, Conde y Luque, J. Canalejas, Maura, Olóriz, Cossío, Verdes Montenegro, Madinaveitia, Dorado Montero, Fernández Villaverde, Costa. A la vigorosa generación política del 68 sucede la escéptica y pragmática de la Restauración y la Regencia. El Ateneo de los años finales de siglo es canovista porque acepta de forma más o menos crítica las coordenadas políticas del régimen y porque la tarea de verdadera reforma social se confía a la acción paciente de la inteligencia sobre los espíritus más perspicaces de la clase política e intelectual. La Institución Libre de Enseñanza encarna este proyecto.

Pero aquel Ateneo es canovista también en lo que este concepto tiene de paralizante y de ficticio. Durante varios años los ateneístas discuten sobre el régimen parlamentario, sobre la reforma de la administración regional y local, sobre la cuestión social, el regionalismo, la cuestión colonial, etc. Los discursos de apertura de las cátedras y los debates de las secciones ofrecen un muestrario bastante fiel de los problemas y las tensiones de la sociedad restaura-

²⁵ MANUEL AZAÑA, disc. cit., págs. 626-627.

cionista y de las mentalidades con que ellos se afrontan. El 8 de noviembre de 1886 el Presidente Núñez de Arce inaugura las cátedras con un discurso sobre *El Regionalismo*²⁶; tres años después lo hace Cánovas hablando sobre *La soberanía en las democracias modernas*, alegato contra el sufragio universal a punto de ser aprobado por las Cortes de mayoría liberal²⁷; el mismo Cánovas, al año siguiente, escoge un tema de indudable actualidad: *La Cuestión social*²⁸, tema también abordado por el Presidente G. de Azcárate en años sucesivos: en 1892 sobre *Deberes y responsabilidades de la riqueza*²⁹ y al año siguiente sobre *Alcance y significación de las llamadas leyes obreras*³⁰. En la sección de Ciencias Morales y Políticas la cuestión social aparece como una preocupación ininterrumpida: en 1889 en la discusión de la Memoria de Cristóbal Botella sobre *Naturaleza y estado actual de la economía política*³¹; al año siguiente en la de Salvador Bermúdez de Castro sobre *El problema social y las escuelas políticas*³²; dos años después, durante 1893-94 y 1894-95, en la de Pedro Pérez Díaz sobre *Derechos y deberes entre trabajadores y capitalistas*. Diversos mecanismos del sistema representativo y de la organización estatal, sus posibilidades, sus deficiencias, sus corruptelas, son analizados con atención constante. En 1887 se debate en la Sección de Ciencias Morales y Políticas sobre *El Régimen parlamentario*³³; en 1898 sobre *Los gobiernos de partido*³⁴. Segismundo Moret inaugura las cátedras en 1895 hablando sobre *El Referéndum*³⁵; al año siguiente, en relación con los sangrientos sucesos anarquistas de los años anteriores, sobre *Doctrina filosófica y social del anar-*

²⁶ GASPAR NÚÑEZ DE ARCE, *Discurso leído por el Excmo. Sr. D. ... el día 8 de noviembre de 1886 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, 1886. 1885 es el año del «Memorial de agravios». Joan Maragall publica en ese mismo año una serie de artículos regionalistas en la *Revue du Monde Latin* y en 1886 *Lo Catalanisme*.

²⁷ ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, *Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. ... el día 6 de noviembre de 1889 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de las cátedras*, Madrid, 1889.

²⁸ ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, *Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. ... el día 10 de noviembre de 1890 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, 1890.

²⁹ GUMERSINDO DE AZCÁRATE, *Discurso leído por el Sr. D. ... el día 11 de noviembre de 1892 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, 1892.

³⁰ GUMERSINDO DE AZCÁRATE, *Discurso leído por el Sr. D. ... el día 10 de noviembre de 1893 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, 1893.

³¹ CRISTÓBAL BOTELLA, «Naturaleza y estado actual de la Economía Política», en *Revista de España*, n.º 124, 1888, págs. 448-480.

³² SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO, *El problema social y las Escuelas políticas*, Madrid, 1891.

³³ MARQUÉS DE FIGUEROA, «Apuntes sobre organización política», en *Revista de España*, n.º 117, 1887, págs. 526-556.

³⁴ ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN, *Los Gobiernos de Partido*, Madrid, 1898.

³⁵ S. MORET, *Discurso leído por el Excmo. Sr. D. ... el día 9 de noviembre de 1895 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, 1895.

quisimo³⁶. Azcárate elige como tema inaugural de las cátedras en 1891 un amplio estudio sobre el *Gobierno local*³⁷. El problema colonial inspira en los años anteriores al Desastre diversas conferencias y discusiones que lo analizan desde la perspectiva económica, militar y diplomática. Bajo la conmoción de la derrota de 1898 el Presidente José Echegaray elige para el discurso inaugural de las cátedras en 1898 el tema *¿Qué es lo que constituye la fuerza de las naciones?*³⁸, lamentación y programa regeneracionista que bajo distinta perspectiva perdura también en el discurso de Moret al año siguiente bajo el lema *De las causas que han producido la decadencia y desprestigio del sistema parlamentario*³⁹.

Sin pretender más que una relación lineal de temas y cuestiones⁴⁰, lo significativo es su misma presencia indicadora. En el Ateneo canovista se habla y se discute sobre los problemas que el propio sistema va segregando por su práctica política diaria, incapaz de asimilarlos en su sistema jurídico, en su ideología y en sus procedimientos políticos. En el Ateneo se enfrentan los parlamentaristas y los presidencialistas, los monárquicos y los republicanos, los proteccionistas y los librecambistas, los abstencionistas y los intervencionistas, los centralistas y los regionalistas, los autonomistas cubanos y los españoles, los partidarios del corporativismo local y los del *self-government*, los economistas clásicos y los socialistas, los laicos y los clericales, los católicos y los ateos, pero la misma comparecencia ateneísta de estas posiciones encontradas las neutraliza, las convierte en controversias de hombres del sistema que se afanan por iluminar desde una perspectiva intelectual —incluso cuando su dedicación principal es la política— las limitaciones del turnismo, del gobierno parlamentario, de la política económica y social de la Restauración y de las relaciones internacionales.

El Ateneo de estos años integra incluso a hombres como Marcelino Menéndez y Pelayo y Ortí y Lara, que años atrás habían calificado con despectivas frases al Ateneo y a los ateneístas⁴¹. Con aquél penetra un plantel nu-

meroso de hombres de su escuela erudita aglutinada en torno a la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*: Lampérez, Sentenach, Mélida, Cotarelo, Navarro Ledesma, Sánchez Moguel, Menéndez Pidal, Riaño, etc. En el curso 1896-97 los salones ateneístas se pueblan de sacerdotes que asisten a la cátedra de Ortí y Lara sobre «La Filosofía de Santo Tomás» —tal vez también a la del canonista Eugenio Montero Ríos sobre «El restablecimiento de la unidad religiosa en el mundo cristiano»—, siguiendo, en un Ateneo neutralizado que en ocasiones discute ya menos que escucha, los pasos de otro sacerdote desaparecido años antes, el famoso P. Sánchez, a quien unos meses antes de su muerte, ocurrida en septiembre de 1889, se concede en Junta General extraordinaria el título de socio de mérito ateneísta. Contra aquéllos, sin embargo, lanza todavía el lectoral burgalés Zacarías Metola desde *El Siglo Futuro* de 25 de enero de 1897 una apasionada diatriba, recordándoles la prohibición papal de asistir a círculos políticos, a reuniones políticas donde se defiende política de partido. La prohibición, dice el encendido canónigo, tiene un inexcusable fundamento cuando se trata del Ateneo de Madrid, «llamado por autoridad irrecusable Blasfemadero público» y donde se entregan al «libertinaje de pensamiento», a los «absurdos», «herejías», a las «impiedades de la ciencia moderna» y a la «hostilidad, mofa y escarnio de la Religión y de sus dogmas» todos los «oradores liberales, racionalistas, panteístas, naturalistas, regalistas, y por consiguiente anticatólicos, que allí se dan cita»⁴². Esta diatriba fue contestada al día siguiente por el *Heraldo de Madrid* y por *La Epoca*, periódico, este último, que recibió, a su vez, la contrarréplica de *El Siglo Futuro* de 27 de enero. En realidad, aquel artículo fue sólo el primero de una serie de ellos destinados a mostrar su irritada oposición a la presencia de Ortí y Lara en la cátedra ateneísta y a combatir las enseñanzas impartidas en la Escuela de Estudios Superiores ateneísta⁴³, especialmente las de los catedráticos Antón y Montero Ríos.

El Ateneo es, en definitiva, un barómetro de los problemas y de las tensiones del régimen restauracionista, con sus logros, sus limitaciones, sus impotencias. Porque, en efecto, todo lo que los ateneístas critican y discuten en estos años, todo lo que proyectan en sus cerrados y eruditos cenáculos está empañado por el velo de irrealidad que el canovismo ha enquistado en el aparente funcionamiento del sistema. «Cánovas, político de realidades —decía Azaña en 1930— ha creado el sistema más irreal de la historia española. La

ateneístas de Castelar: *Sofistería democrática o Examen de las lecciones dadas por Emilio Castelar acerca de la civilización en los cinco primeros siglos de la Iglesia*, Granada, 1861.

⁴² ZACARÍAS METOLA, «Qui potest capere, capiat», en *El Siglo Futuro*, 25 de enero de 1897.

⁴³ Experiencia pedagógica de cultura superior iniciada en el curso 1896-97 y concluida en el de 1906-1907.

³⁶ S. MORET, *Discurso leído por el Excmo. Sr. D. ... el día 3 de noviembre de 1896 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, 1896.

³⁷ G. DE AZCÁRATE, *Discurso leído por el Sr. D. ... el día 10 de noviembre de 1891 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, 1891.

³⁸ JOSÉ ECHEGARAY, *Discurso leído por el Excmo. Sr. D. ... el día 10 de noviembre de 1899 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, 1898.

³⁹ S. MORET, *Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. ... el día 18 de diciembre de 1899 en el A. C. y L. de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, 1899.

⁴⁰ Un análisis extenso de estos temas forma parte de nuestra Memoria de Licenciatura, de la que este trabajo es un capítulo.

⁴¹ Véanse MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *La Ciencia Española*, vol. I, Madrid, 1933, págs. 104, 114 y 174. También en *Historia de los Heterodoxos españoles*, vol. VI, Santander, 1948, págs. 402, 478, 479 y 481. Con respecto a Ortí y Lara véase su diatriba contra las lecciones

restauración proscribía el examen de las realidades del cuerpo español; no podía progresar dentro de sus líneas y se condenaba a la esterilidad; o si progresaba iba derecha a su propia destrucción»⁴⁴. ¿Sanear la representación nacional? ¿Potenciar la administración regional y local? ¿Intervenir legalmente en las relaciones económicas y laborales? ¿Reformar el régimen colonial? Conservadores y liberales coinciden en las discusiones ateneístas en la necesidad de afrontar estos problemas dentro de sus particulares enfoques partidistas, pero pasan una y otra vez de la Presidencia del Ateneo o de sus cátedras a la Presidencia del Consejo de Ministros y a las carteras ministeriales sin que lo predicado y discutido inspire ninguna concreta acción de gobierno. Verdaderamente el control, el falseamiento electoral y el centralismo monopolizador son la esencia del régimen.

En julio de 1898, en vísperas del acontecimiento que cierra esta etapa canovista, los ateneístas ofrecen un supremo espectáculo de irrealidad. Según recoge Azaña, los ateneístas más antiguos le «contaron horrorizados que en julio del 98 los tertulianos de la Cacharrería brindaron con champaña por la supuesta victoriosa salida de la escuadra de Cervera en Santiago de Cuba. Esto denota hasta dónde subió la marea del patriotismo en este hogar del libre examen»⁴⁵, aunque, desde luego, fuese un patriotismo sin contacto con la realidad.

B.2) El Ateneo de principios de siglo

«El impulso dado al Ateneo y el giro que lleva desde hace treinta años —recuerda Azaña en 1930— expresan la mudanza sufrida en la conciencia pública. El Ateneo, enteco y casi arruinado merced a su gravedad en tiempos anteriores, se hizo numeroso, bullicioso y libre como nunca. Roto el acatamiento a lo consagrado, perdió aquí prestigio cuanto las instituciones de la sociedad española encumbran y avaloran»⁴⁶. El impacto de 1898 sacude el Ateneo con el mismo vigor y la misma inquietud que a la sociedad española toda. Poca duda cabe que el Ateneo de principios de siglo es un centro donde se agita el espíritu de regeneración nacional, de crítica radical, de negación de los restauracionistas, de renovación literaria y artística. El regeneracionismo, los hombres del 98, el modernismo, el socialismo, el anarquismo, toman el relevo de la vida ateneísta. Son aspectos de un conglomerado cultural y político de amplitud universal que pone en entredicho los valores y los ideales

⁴⁴ M. AZAÑA, disc. cit., pág. 627.

⁴⁵ *Ibidem*, pág. 628.

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 631.

del siglo XIX. El socialismo y el anarquismo dan la réplica a la trayectoria ininterrumpida del liberalismo europeo. Desde distinta perspectiva, el nietzcheanismo, el regeneracionismo en España, el irracionalismo que apunta en Europa a principios de siglo son decididamente militantes contra los principios igualitarios, democráticos y parlamentarios del XIX. El modernismo literario sería, según Federico de Onís, «la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por tanto, de un hondo cambio histórico»⁴⁷.

En el Ateneo el regeneracionismo encuentra un centro privilegiado de propaganda. Los más importantes colaboradores teóricos del regeneracionismo nacional, L. Mallada, José Gomis, R. M.^a de Labra, A. Royo Villanova, D. Isern y L. Morote, frecuentan asiduamente el Ateneo por aquellas fechas. Algunos, como Gomis y Labra, actúan en la Casa como activos intérpretes de él, el primero con una conferencia pronunciada en 1899 bajo el título *El porvenir de España*; el segundo con una cátedra de la Escuela de Estudios Superiores en el mismo año sobre *El Derecho público contemporáneo, basado en los Tratados internacionales del siglo XIX*, título bajo el que se esconde el análisis del Tratado de París, que puso fin a la guerra hispano-norteamericana⁴⁸. Culminará esta obra J. Costa con la información promovida en la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo durante el curso 1901-1902 sobre Oligarquía y Caciquismo, expresión acabada del espíritu finisecular y de la negación crítica del régimen restauracionista⁴⁹.

El 98 español aglutina todos aquellos factores que enmarcan los comienzos de siglo. Sus hombres más representativos beben en el clima regeneracionista, aunque lo convierten en un placer estético de demolición. En el otro polo está el modernismo. «El 98 —dice José Luis Abellán— hereda del regeneracionismo la preocupación ideológica por la regeneración nacional y del modernismo el tratamiento estetizante de dicha preocupación»⁵⁰. A estas

⁴⁷ FEDERICO DE ONÍS, *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, Madrid, 1934, citado por JOSÉ LUIS ABELLÁN, *Sociología del 98*, Barcelona, 1973, pág. 11.

⁴⁸ Véase un resumen en ATENEOS DE MADRID, *Escuela de Estudios Superiores, curso 1900 a 1901. Lista de Profesores y asignaturas. Programas. Memoria de Secretaría referente al curso 1899 a 1900*, por Adolfo Bonilla y San Martín, Madrid, 1900, págs. 38-42.

⁴⁹ Sobre la información ateneísta véase RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, 1966. Costa y otros regeneracionistas han sido estudiados también por ENRIQUE TIerno GALVÁN, *Costa y el Regeneracionismo*, Barcelona, 1961. Sobre el regeneracionismo de los intelectuales situados en la órbita institucionalista, concretamente sobre L. Morote véase J. S. PÉREZ GARZÓN, *Luis Morote. La problemática de un republicano (1862-1913)*, Madrid, 1976.

⁵⁰ J. L. ABELLÁN, *ob. cit.*, pág. 17.

dos influencias y al nietzscheanismo hay que atribuir en los años en que la generación forma un grupo compacto su antiparlamentarismo, su irracionalismo, su tendencia a la ensueñoración. En 1903 los nuevos ateneístas honran en el Ateneo la memoria de Ganivet y aplauden, según cuenta Azaña, al crítico que contempla en aquél al prototipo de una nueva raza, del superhombre. Dos años antes han hecho causa común en el estreno de *Electra* de Pérez Galdós. En 1904 lo harán ante el homenaje oficial al flamante premio Nobel J. Echegaray. «Lo más crudo y memorable de aquella transición —decía Azaña— fue la contienda de la generación nueva contra los viejos; memorable por su inaudito furor»⁵¹. Los ánimos llegan a enconarse en 1903 en la discusión de la Memoria del catedrático A. Ovejero sobre «La novela y el movimiento social»⁵², hasta tal punto que el presidente de la Sección de Literatura, Ramos Carrión, se ve en la necesidad de suspender los debates, medida que no se había repetido desde los años anteriores a la revolución de 1868.

No sabemos, desde luego, si la suspensión se debió al radicalismo crítico de los hombres del 98 presentes en la discusión —Maeztu, Unamuno, Martínez Ruiz— o hay que apuntársela a los intelectuales anarquistas y socialistas que por estos años participan activamente en las discusiones ateneístas. En la discusión del año 1902 sobre la Memoria de Práxedes Zancada sobre «Antecedentes históricos y estado actual del problema obrero en España»⁵³, toma parte la plana mayor del socialismo y del anarquismo⁵⁴. Azaña, que asistió a las discusiones, lo recuerda en 1930 con estas palabras: «En otro debate característico vinieron a desfogarse los impulsos de rebeldía. Formaban piña en el Ateneo algunos sociólogos, de quien no me queda tiempo para escribir los buenos ratos que les debimos. El tema de la discusión sería el socialismo o el anarquismo, no recuerdo bien. Los sociólogos aportaron su dictamen. Junto a ellos concurrían los militantes: Pablo Iglesias, Jaime Vera y otros socialistas (Verdes Montenegro, J. J. Morato y J. Besteiro frecuentan por estos años el Ateneo, añadimos nosotros), el doctor Medinaveitia, intelectual anarquista, Federico Urales y su mujer, Soledad Gustavo, encargada de leer los discursos del marido; el futuro duque de Maura, tocado de diletantismo so-

⁵¹ M. AZAÑA, disc. cit., pág. 630.

⁵² ANDRÉS OVEJERO, *La Novela y el movimiento social*, Madrid, 1903. Véase la aportación al debate de M. DE UNAMUNO, «La novela contemporánea y el movimiento social», en *Revista Blanca*, año IV, n.º 114, 15 de marzo de 1903, págs. 558-564, y la no llegada a leer de FEDERICO URALES, «El Arte, el amor y la mujer en el Ateneo de Madrid», en *Revista Blanca*, vol. VI, n.º 115, 1 de abril de 1903, págs. 577-582.

⁵³ PRÁXEDES ZANCADA, *Antecedentes históricos y estado actual del problema obrero en España. Memoria leída y puesta a discusión en el Ateneo de Madrid el 1.º de febrero de 1902 por el Sr. D. ... secretario de la Sección de Ciencias Históricas*, Madrid, 1902.

⁵⁴ Véase la aportación de FEDERICO URALES y SOLEDAD GUSTAVO, «La Cuestión social en el Ateneo de Madrid», en *Revista Blanca*, vol. VI, n.º 97, 1 de julio de 1902, págs. 1-6.

cializante; y entre Urales y la Gustavo, un joven entrerrubio, rasurado, impávido, que si lo aludía un adversario erguía en el escaño y, abiertos los brazos, exclamaba: ¡Yo soy hombre de acción, no de palabra! El hombre de acción, de pocas palabras, era don José Martínez Ruiz, todavía sin seudónimo»⁵⁵.

Dos años después estos mismos personajes participan, dentro del clima anticlerical de principios de siglo, en la discusión de la Memoria del economista Vicente Gay sobre «La Enseñanza en España»⁵⁶. Los inevitables Federico Urales y Soledad Gustavo aportan, como en los años anteriores, su dictamen al debate⁵⁷.

El ambiente de estos primeros años del siglo xx lo recoge también Azaña, entre bromas y veras, en un artículo publicado en la revista *Gente Vieja* de 20 de marzo de 1903. Bermúdez, hombre joven de ambiciones políticas, se ve en el compromiso de actuar de cicerone cultural de uno de los caciquillos más influyentes del distrito por el que aspira a convertirse en mandatario. En esto caen por casualidad en el Ateneo. «Aquí encontrará usted, amigo don Pablo —decía Bermúdez al entrar en la docta casa—, además de un excelente café y confortables salones, grata compañía, amena e instructiva conversación, novedad en las ideas, tolerancia para las opiniones ajenas y en los grandes torneos del salón de sesiones, un plantel de maestros de la oratoria, cualidades todas que conquistan para esta sociedad gloriosa el cariño y el entusiasmo de sus miembros»⁵⁸. Una vez dentro le enseña la biblioteca, «oficina de intoxicación mental y física, donde quien no se aturde con la filosofía se marea con el cok. Todo es uno y lo mismo, que dijo el filósofo» (página 49); a continuación el gabinete de lectura, después la Cacharrería, «centro vital del Ateneo, punto de reunión de lo más selecto de esta casa... Ahí el ingenio se desborda, la ciencia despliega su vuelo de águila sin ostentación pedantesca; se miente para pasar el rato, se murmura sin mordacidad, se hace política sin trascendencia, y finalmente se arregla el mundo y se da orden al universo entre dos sorbos de café y dos chupadas de cigarro, constituyendo uno de los rincones más curiosos y característicos de este Madrid tan digno de ser estudiado» (pág. 49). En la Cacharrería, el viejo Echegaray mordiéndose la perilla para sofocar el enojo de alguna impertinencia mal sufrida, por ejemplo, la de aquel joven «de aventajada estatura, melena abundante y

⁵⁵ M. AZAÑA, disc. cit., pág. 630.

⁵⁶ VICENTE GAY, «La Enseñanza en España», en *Revista Blanca*, vol. VI, n.º 132, 15 de diciembre de 1903, págs. 360-369.

⁵⁷ S. GUSTAVO, «De la enseñanza», en *Revista Blanca*, vol. VI, n.º 136, 15 de febrero de 1904, págs. 481-485, y F. URALES, «La enseñanza en España», en *Revista Blanca*, vol. VI, n.º 139, 1 de abril de 1904, págs. 579-581.

⁵⁸ M. AZAÑA, «Artículos de *Gente Vieja*. Tardes Madrileñas. II. El Ateneo», en *o. c.*, I, pág. 48. Las páginas citadas a continuación en el texto corresponden al mismo artículo.

cuidadosa, espléndido cuello planchado, escasísima corbata y un manojo de violetas en el ojal» (págs. 49-50) (evidentemente Azorín); en un rincón, un hombre que pretende haber «aniquilado a Galileo, porque, según ha podido comprobar, la tierra no se mueve, ¡No!, ¿usted qué se figuraba?» (pág. 50). Pasan a continuación por un pasillo «cruzando frente a un grupo de muchachos de extravagante aspecto.

—Esos que ahí estaban —apuntó Bermúdez— son unos chicos modernistas que juegan a la poesía y a la genialidad... ¡Más buenos son todos que un pedazo de pan!» (pág. 50). Asisten a continuación a la cátedra de «un estu-pendo antropólogo y criminalista» (sin duda R. Salillas, que por aquellos años explica *Teoría del delito* en la Escuela de Estudios Superiores) y escapan de ella ante la indignación del caciquillo por unas apreciaciones del profesor «poco lisonjeras para los habitantes de una provincia castellana, precisamente la del cacique que le escuchaba» (pág. 52). Todavía antes de salir del Ateneo tiene ocasión de contemplar a un grupo de «sirvientes del Ateneo» que rodeaban a un señor, ya viejo, escuchando atentamente la lectura de un periódico y comentándola entre murmullos de aprobación: «tratábase de un discurso pronunciado por un docto catedrático en que se exponían el *origen, desenvolvimiento, filiación y porvenir político de las ideas socialistas*» (página 52)⁵⁹.

Aunque imbuida del espíritu sarcástico e iconoclasta de principios de siglo, la descripción de Azaña no puede estar más ajustada a la realidad: la impertinencia provocativa de los hombres del 98, de los «intelectuales» como ellos mismos se llamaban, según García Martí⁶⁰, los modernistas, el socialismo. Los años que van de 1898 a 1909 son fundamentales para la orientación definitiva de los hombres del 98 y para la maduración de los jóvenes intelectuales de una nueva generación. Azorín publica en la temprana fecha de 1902 *La Voluntad*, obra en la que se refleja ya con toda su fuerza el tránsito desde el sentimiento de solidaridad proletaria «al que le ha llevado la rebeldía anárquica de protesta social» hasta el «individualismo desencarnado»⁶¹. El marxismo de Unamuno puede darse por zanjado, según C. Blanco Aguinaga, hacia 1896-97⁶². En 1910 Maeztu contrapone claramente en una conferencia pronunciada en el Ateneo la opción del reformismo liberal frente al socialismo y el

⁵⁹ Véase también la descripción de este ambiente en V. GARCÍA MARTÍ, *ob. cit.*, concretamente su capítulo «Evocación», págs. 211-229.

⁶⁰ Y a los que el escritor José Zahonero interpelaba gritando: «Pero qué modestos sois: os llamáis intelectuales porque no os atrevéis a llamaros inteligentes». V. GARCÍA MARTÍ, *ob. cit.*, pág. 205.

⁶¹ J. L. ABELLÁN, *ob. cit.*, pág. 55.

⁶² En su obra *Juventud del 98*, Madrid, 1970, pág. 110.

anarquismo revolucionario. Tan sólo M. Machado, entre los grandes de la generación, sigue una trayectoria más coherente.

¿Qué fisonomía aportan los hombres del 98 al carácter tradicional del Ateneo? Sin duda el radicalismo crítico ante las realidades de la España finisecular y un innegable decoro literario, pero apenas nada más. «En realidad —dice García Martí—, el tema de España fue, más que tratado, aludido por ellos dentro de su órbita artística o literaria, sin una base ideológica de que en general carecían; de suerte que lo que pudieron ofrecer en este terreno era puramente una reacción de sensibilidad, sin ningún juicio sistemático»⁶³. No es que careciesen de base ideológica, sino que ésta era la de la pequeña burguesía debilitada, incapaz de convertir su ideología en un programa político coherente.

«Con respecto al Ateneo acaso fue Unamuno, de todos ellos —sigue diciendo García Martí—, el que más influencia ejerció desde su tribuna dentro y fuera de aquel Centro.» Le sirvió para «mostrar esa arista de disconformidad que caracterizaba su persona y su obra»⁶⁴. Valle-Inclán, por el contrario, ejerció su magisterio, «muy apreciado por la juventud», en sus vastas tertulias ateneístas. «Ni Azorín ni Baroja mantuvieron su influencia directa dentro del Ateneo, y con el contacto personal.» Benavente, por el contrario, si lo incluimos dentro del 98, fue ateneísta activo, ocupando durante bastantes años la presidencia de la Sección de Literatura. Y están, además, las figuras menores: Francisco Navarro Ledesma, Manuel Blanco, Eugenio Noel, Silverio Lanza, los Alvarez Quintero, E. Gómez Vaquero.

También Azaña ha dejado su opinión sobre la andadura ateneísta de los hombres del 98: «Inmediatamente —dice—, sin proponérselo siquiera (sin gobernarlo, ha dicho un poco antes) las gentes de que voy hablando influyeron su ánimo en las formas de acción del Ateneo. Sobre el efecto capital que las resume —afirmar la sensibilidad hasta el punto necesario para que, viniendo de las más distintas aplicaciones del talento y del trabajo, la inteligencia *obcecada en el estudio* se eleve a los problemas generales de interés nacional— quedó impreso el cuño de aquella generación, que es el Ateneo moderno»⁶⁵. Y ¿cuál es en la coyuntura histórica de principios de siglo el problema nacional por excelencia? El de la desintegración del Estado liberal de la Restauración. «Rompiéron —dice un poco más adelante— con cuanto el Estado representa; bien entendido que no empleo esa expresión en su estricta categoría jurídica, sino como representación, guía y tutor de una continuidad

⁶³ V. GARCÍA MARTÍ, *ob. cit.*, págs. 243-244.

⁶⁴ *Ibidem*, pág. 244.

⁶⁵ M. AZAÑA, *disc. cit.*, pág. 631.

histórica»⁶⁶. En este sentido, la generación del 98 fue sólo el necesario y salvable espíritu iconoclasta inicial de un movimiento cultural y político que se sucedió sin solución de continuidad en la generación política del 14. La dispar evolución intelectual de los hombres del 98 cobran en este movimiento ininterrumpido una más clara perspectiva. Actuaron como revulsivo y como elemento educador de una conciencia crítica con respecto al poder y se aliaron con sus discípulos de la generación del 14 —con ellos o contra ellos— en la tarea política de remodelar un nuevo Estado desde la única plataforma posible: el poder político. Esta evolución intelectual está ya presente en el Ateneo hacia 1909.

B.3) Una nueva generación intelectual, 1909-1913

Los años que transcurren entre 1909 y 1914 son de análisis, de balance, de reconsideración de la línea maestra seguida por la conciencia intelectual a partir del 98 y, paralelamente, de profundización en el compromiso social y político que los hombres del 98 no supieron asumir con suficiente claridad. Aparecen nuevas figuras, a caballo entre la formación regeneracionista y noventayochista y el compromiso político que les colocará frente a la Dictadura primorriverista y les hará abanderados de la II República: Azaña, Bergamín, Argente, Benlliure, De Buen, Cabanillas, Castelao, Barcia, Díez Canedo, Díaz Caneja, Dicenta, Díez Canseco, D'Ors, Elorrieta, Falla, Araquistáin, Galarza, García Martí, Gay, Gómez de la Serna, Maura y Gamazo, E. de Mesa, Pérez de Ayala, José y Eduardo Ortega y Gasset, Ossorio y Gallardo, Ramos Carrión, Rey Pastor, F. de los Ríos, Besteiro, Royo Villanova, Recasens, V. Risco, Silió, Sánchez Guerra, Sangro, Trigo, Tapia, Sorolla, Vidaurreta, González Blanco, Zulueta, etc. Sin querer agrupar a todos ellos en una misma identidad cultural y social, lo cierto es que algo común recibieron de la generación precedente y algo propio, a su vez, sumaron —o restaron— al movimiento cultural y político que culmina en tiempos de la República.

¿Cuál es aquel legado y esta aportación? Podemos sorprenderlos en tres escritos de otros tantos hombres extraordinariamente representativos del liberalismo español del primer tercio del siglo xx: José Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu y Manuel Azaña; tres hombres que en su posterior evolución intelectual representarán tres líneas de derivación del liberalismo burgués y cuya representatividad se presenta también —y de ahí su interés— como fenómeno europeo: respectivamente, el liberalismo formal de tradición decimonónica

⁶⁶ *Ibidem*, pág. 632.

basado en la dialéctica élite-masa, verdaderamente, la modernización del liberalismo clásico; el fascismo o parafascismo⁶⁷, y por último, el liberalismo radical, pragmático, dispuesto a pactar con el socialismo revolucionario. Si adoptamos estos tres hombres como representantes de una nueva generación ateneísta, aunque contemplándolos, desde luego, desde su posterior evolución intelectual, es porque creemos que, a pesar de la presencia de socialistas y anarquistas, el Ateneo de esta época continúa siendo eminentemente burgués.

Los escritos a que nos referíamos fueron leídos, dos de ellos, en el Ateneo: conferencias de J. Ortega y Gasset el 15 de octubre de 1909 sobre «Los problemas nacionales y la juventud» y de Ramiro de Maeztu el 7 de diciembre de 1910 bajo el título «La Revolución y los Intelectuales»; el tercero apareció en *La Correspondencia de España* de fecha 25 de noviembre de 1911 con el título «Vistazo a una obra de juventud» y bajo el seudónimo de Martín Piñol.

La conferencia de Ortega y Gasset es una de las que espontáneamente surgen antes de la inauguración del curso 1909-10 como reacción a los sucesos de Barcelona de julio de 1909 y a la represión policial y gubernativa subsiguiente. La ejecución de Ferrer cataliza la indignación de los ateneístas y primero el doctor Madinaveitia, después el doctor Simarro y a continuación Ortega y Gasset, Sánchez Ocaña, Arantave, Salillas, García Cortés, Elorrieta y Cristóbal de Castro pasan por la tribuna del Ateneo para expresar sus opiniones radicalizadas por el pesimismo y la protesta. Las presiones y amenazas del Gobierno Maura a la prensa provocan de rechazo que el Ateneo recobre momentáneamente su personalidad tradicional más preciada: la de refugio de la libertad de pensamiento.

Ortega y Gasset comienza su conferencia convocando a la juventud para la tarea de la reforma española ante la incapacidad y corrupción de las generaciones mayores; una tarea que los últimos acontecimientos han revelado como urgente porque han puesto en evidencia la disolución de la organización estatal. «A decir verdad —se lamentaba— nada de lo ocurrido en estos meses crueles ha debido sorprendernos. ¿Por ventura lo necesitábamos para averiguar que España no existe como Nación? ¿Es que alguien llama nación a una línea geométrica dentro de la cual van y vienen los fantasmas de unos hombres sobre los cadáveres de unos campos, bajo la tutela pomposa del espectro de un Estado?» (pág. 12). Los encarcelamientos, las expatriaciones, el cierre de escuelas, la suspensión de derechos civiles, el amordazamiento de la pren-

⁶⁷ Partimos de la interpretación del fenómeno fascista aportada por los sociólogos de la Escuela de Francfort, que ven en él la culminación y liquidación totalitaria de los mismos principios filosóficos, económicos y sociales del liberalismo. Véase H. MARCUSE, *Cultura y Sociedad*, Buenos Aires, 1968.

sa, etc., son procedimientos de gobierno coherentes con unos políticos de los que no se puede esperar ni «un alto sentimiento de moralidad social, ni una gran complejidad intelectual ni siquiera ese amor y ese respeto hacia los gobernados que es la virtud mínima de los hombres de Estado» (pág. 12).

«Yo no sé de qué pueda servirnos esta agudeza del mal nacional —decía a continuación, definiendo la misión de la generación joven frente a la vieja— si no es para decidirnos al cabo a intervenir en la vida pública» (pág. 15). Y hacerlo con la conciencia clara de saberse «mal preparado en política y en moral». La generación iconoclasta y crítica del 98 no ha erradicado los viejos tópicos triunfalistas y ha bastado una guerra colonial para hacerlos aflorar de nuevo, incluso entre los jóvenes. «Es lo cierto —añadía— que la generación anterior no nos ha dejado en herencia ninguna virtud moderna» (pág. 15). Como individuos pueden haber cumplido, «como generación han fracasado». Les ha faltado la función pedagógica sobre la generación siguiente, esa función que es «la médula de la historia» (pág. 16).

A falta de maestros, ¿a dónde acudir?, se preguntaba Ortega: «a las cosas que nos rodean. No hemos heredado ideales ni virtudes, pero, ciertamente, hemos heredado problemas. De los problemas nacionales tenemos que sacar aquella disciplina que una tradición nunca rota y progresiva de cultura debiera habernos dado» (págs. 17-18). El primer objetivo es la destitución de las clases gobernantes del turnismo y del republicanismo posibilista, que no han sabido cumplir con su deber de «guardianes del tesoro liberal». «España —proseguía— necesita una larguísima era de reconstitución liberal. Es preciso apoderarse del poder firmemente para lograr en una labor de muchos años ir recreando de sus ruinas bárbaras la nación, valiéndose de la libertad, como instrumento pedagógico» (pág. 20). Y hay que comenzar por educar la conciencia pública española para asentar la reconstrucción sobre bases firmes. «Esta es la labor que desde hoy mismo tiene que iniciar la juventud» (pág. 22).

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo educar al pueblo? Encauzando sus movimientos revolucionarios, contesta Ortega, que los sucesos de Barcelona han demostrado anárquicos y sangrientos, para conducirlos a su sentido histórico, evitándoles, al mismo tiempo, su ganga revolucionaria. «Es moralmente obligatorio evitar los hechos revolucionarios, de un lado, y de otro justificar su sentido. Tal es a mi modo de ver la misión histórica del radicalismo democrático, del socialismo. Las revoluciones sólo se evitan organizando partidos revolucionarios» (pág. 27).

El tiempo de la juventud ha comenzado. «Europa —concluyó— es ciencia antes que nada: ¡amigos de mi tiempo, estudiad! Europa es también sensibilidad moral, pero no de la vieja moral subjetiva, de la moral cristiana —aca-

so más bien jesuítica—, sino de esta otra moral de la acción, menos mística, menos precisa, más clara, que antepone las virtudes políticas a las personales porque ha aprendido —¡Europa es ciencia!— que es más fecundo mejorar la ciudad que el individuo» (pág. 28)⁶⁸.

La conferencia de Ortega es un reflejo significativo del estado moral con que afronta el problema nacional la joven generación universitaria que enfila la segunda década de siglo. Lo más relevante del programa que desarrollará en la conferencia *Vieja y nueva política* en el teatro de la Comedia en la primavera de 1914 y que inspiraba la Liga de Educación Política de 1913 aparece ya en la que acabamos de reseñar⁶⁹. Es, en este sentido, el primer manifiesto de una nueva generación. Así lo reseñará años después un artículo anónimo aparecido en la revista *España* de fecha 23 de febrero de 1924 —y que J. Marichal atribuye a Azaña— donde se la considera como el punto de inflexión de la trayectoria intelectual de Ortega y el antecedente próximo del ideario político que luego intentará llevar a cabo sin éxito a través de la Liga⁷⁰.

La segunda conferencia pronunciada en el Ateneo, la de Ramiro de Maeztu, es un desesperanzado balance de la misión histórica de los intelectuales españoles, y de forma más concreta, de la generación del 98. En algunos aspectos es superponible sobre la de Ortega. Comienza, como éste, tomando la fecha de julio de 1909 como gozne de una nueva etapa histórica en la que se han decantado definitivamente dos hechos fundamentales: la debilidad crónica de las clases intelectuales españolas, que ha permitido recientemente a un «Gobierno enloquecido» someterlas a «un régimen de cloroformo y camisa de fuerza», y la confirmación de que «la revolución española ha empezado a operarse con independencia de nuestras clases intelectuales o seudointelectuales» (pág. 335). Ambos son aspectos de una misma dialéctica: la escasa capacidad de las clases intelectuales y políticas españolas para acompasar la vida interna de la nación al ritmo del movimiento histórico europeo. «El problema de España es, en último término, problema de cultura», dice Maeztu (pág. 342). «El cargo de agotamiento que formuló Costa contra la dinastía debió extenderlo a todas nuestras clases gobernantes; no ya sólo a las estrictamente políticas, sino a todas nuestras clases intelectuales; y ese agotamiento, mejor dicho, esa sequía multiseular es la causa de la revolución que empezó a exteriorizarse el año pasado en Barcelona» (pág. 343).

⁶⁸ Todas las páginas citadas corresponden a JOSÉ ORTEGA Y GASSET, «Los problemas nacionales y la juventud», en *Discursos políticos*, Madrid, 1974, págs. 11-28.

⁶⁹ Entre 1909 y 1914 los escritos políticos de Ortega se suceden sin interrupción. Véase a este respecto PIERRE CONARD, «Ortega y Gasset, écrits politiques (1910-1913)», en *Melanges de la Casa de Velázquez*, t. III (1967), págs. 417-475.

⁷⁰ Véase la cita de Juan Marichal sobre aquel artículo en introd. cit., págs. LXIX-LXX.

La incapacidad es también el signo distintivo de la generación más próxima. El balance del movimiento intelectual que comenzó en el 98 se presenta desalentador. «Nuestro momento pasó —reconocía Maeztu— porque los críticos no traíamos materia positiva que suplantase a lo que estábamos negando» (pág. 347). «La acción de los intelectuales que salimos al mundo en 1898 fue un grito de dolor y de rabia», pero «cuando cesamos de dar gritos para volver las miradas a nuestro alrededor, nos encontramos dolorosamente con que las cosas seguían como antes» (pág. 348). Quedó, sin embargo, como legado de aquella generación la agitación espiritual, que ha roto definitivamente con el pasado, y el espíritu crítico que, frente a las hipótesis de la Restauración, aquilata minuciosamente los nuevos valores políticos, científicos y culturales.

Pero la constatación de lo que constituye el verdadero problema de España permite pisar un terreno más firme. «Ya sabemos, no opinamos, sino que sabemos que la diferencia entre España y Europa sólo consiste en el menor o mayor esfuerzo de los intelectuales. Nosotros marcamos en cada pueblo el ritmo del trabajo. Lo que seamos nosotros, eso y no otra cosa será España» (pág. 349). Esta grave responsabilidad ha producido ya sus frutos, «han comenzado a surgir intelectuales en España, no ya al modo con que antes surgían, como aerolitos venidos del cielo y monstruos de la naturaleza, sino de un modo sistemático y enlazándose los unos en los otros en la cadena ideal de maestros y discípulos». «Ya no hay para nosotros más camino que el de estudiar primero, y el de enseñar, después» (pág. 350). Esa es la tarea a la que hay que entregarse en los próximos treinta o cuarenta años para dotar al pueblo de «justicia, de herramientas de trabajo, de métodos de colaboración, de organización administrativa, de escuelas, de dirección, de seguridad externa e interna, de ideales, de disciplina, de jornales suficientes y de vida cómoda y barata» (pág. 350), programa cuyo incumplimiento por parte de las generaciones anteriores le ha avocado a la revolución.

Esta es la encrucijada de la época: la coincidencia de dos fuerzas paralelas: de reforma y de revolución; ésta caótica y desorganizada, aquélla en trance de configuración. «Entre los hombres de la reforma están ya trazadas las líneas generales de un programa. Todos están de acuerdo en una idea central, aunque todavía la designen por nombres diferentes. Lo que llama socialismo Ortega y Gasset, lo llamaba yo en Bilbao liberalismo, y nuevo liberalismo Melchor Almagro en esta casa⁷¹, y neoliberalismo Vicente Gay en Valladolid, y se llama estatismo o intervencionismo en Barcelona, como podría llamarse mora-

⁷¹ En una conferencia pronunciada en el Ateneo el 31 de mayo de 1910 y publicada después en folleto: *El nuevo liberalismo. Ensayo leído en el Ateneo de Madrid*, Madrid, 1910.

lismo a secas. En el fondo es kantismo, conciencia de la conciencia, sumisión a la ley, reboamiento del yo individual en la conciencia del yo transcendental, identificación del yo transcendental con el yo del prójimo, eliminación consecuente de elementos místicos en la teoría y en la práctica, justificación de la vida individual en la vida social, salvación de cada individuo en los demás y redención de todos en la cultura y en las cosas» (pág. 353); un programa todavía sin políticos que lo hagan ver al pueblo ni fuerza para afirmarse en él, pero con vocación de cumplir estos requisitos al margen de los partidos turbulentos y a tiempo suficiente para no ser desbordados por el movimiento de la revolución⁷².

La conferencia de Maeztu se sitúa en un momento crítico de su trayectoria intelectual. Ha dejado atrás la etapa de *Germinal*, *Vida Nueva*, *Revista Nueva*, *Electra*, *Juventud*, *Los Tres*; ha comenzado su etapa londinense donde madurará su catolicismo, su liberalismo de base corporativista. Desde luego —él mismo lo dice— su noventayochismo ya pasó. Su liberalismo —el de la generación siguiente, que comienza a apuntar y a la que parece adscribirse— está mal definido todavía y carece de raigambre social⁷³. Su interés por lo intelectual, en cuanto grupo social autónomo dotado de caracteres específicos y al que atribuye una transcendental misión histórica, responde a una categoría filosófica presente en toda su obra: el nietzcheanismo; categoría que le hace atribuir a un grupo social concreto una especial cualidad para orientar la marcha general de la sociedad y la cultura.

La conferencia de Maeztu, en lo que tiene de visión negativa de la función de los intelectuales en la historia española, fue contestada por algunos intelectuales ateneístas. Concretamente, Alfonso de Arantave habló el 10 de diciembre del mismo año en la tribuna ateneísta *Sobre unas palabras de Ramiro de Maeztu: en defensa de la intelectualidad española* y Rafael Urbano, unos días después, el 21 de diciembre, sobre *El Intelectualismo y la Revolución*.

Por último, el tercer testimonio generacional a que nos referíamos más arriba, el de M. Azaña (bajo el seudónimo de Martín Piñol)⁷⁴, profundiza la visión crítica de la generación del 98, y no sólo de ella, sino también de la nueva que se esfuerza en marcar un nuevo rumbo —hacia la política— a la pura iconoclastia de aquélla. El artículo es, creemos, una crítica a las confe-

⁷² Las anteriores páginas citadas en el texto corresponden a «La Revolución y los Intelectuales», en *Ateneo*, 1910, II, págs. 335-354.

⁷³ En la misma revista *Ateneo* expone Maeztu su opinión sobre el liberalismo en un artículo muy interesante para conocer el estado moral de aquel ideario y de sus relaciones con el republicanismo en la coyuntura española de la primera y segunda décadas del siglo XX. RAMIRO DE MAEZTU, «La táctica liberal», en *Ateneo*, 1910, II, págs. 99-114.

⁷⁴ MANUEL AZAÑA (Martín Piñol), «Vistazo a una obra de juventud», en *o. c.*, t. I, págs. 83-86. Las citas de páginas que siguen corresponden a dicho artículo.

rencias de Ortega y Maeztu que hemos reseñado en lo que tienen de exclusivo proyecto intelectual —egocéntrico⁷⁵— del futuro de España. Eso creemos ver en una vaga referencia presente en el artículo. «Hace meses —escribe; recuérdese que el artículo tiene fecha de 25 de noviembre de 1911 y que Azaña es entonces asiduo ateneísta— unos cuantos jóvenes han querido revestir con las apariencias tremebundas de una insurrección de la *intelectualidad* española una veleidad, graciosa y pueril, de sus almas retóricas» (pág. 85). Azaña critica, en realidad, la tendencia a utilizar tópicos pasados, heredados precisamente de la generación anterior cuyo negativo balance se intenta poner de relieve, a la hora de proyectar la tarea histórica de la nueva generación. Uno de estos tópicos es el de la juventud. «Ignoro si este término basta para dividir a los hombres en dos clases con esenciales diferencias. En la vida intelectual yo creo que no basta» (pág. 84), escribe contestando manifiestamente a Ortega, que había colocado en los 40 años el tope máximo para que los miembros de las generaciones anteriores, dado el carácter radical de la reforma a realizar, pudieran conservar alguna virtualidad histórica⁷⁶. Porque, en efecto, «las supuestas cualidades de la mocedad (bríos, desinterés, orientaciones nuevas) —sigue Azaña, refiriéndose a la juventud del 98— sirvieron de disfraz a la petulancia, a la pereza mental, al afán morboso de llamar la atención y al frívolo arribismo»... «Egolatría y exhibicionismo: he aquí los grandes móviles de una generación» (pág. 84).

Otro de los tópicos fue el mesianismo político, basado en otros de idéntico rango: «escepticismo y cultura». Por ellos entraron, en inseparable simbiosis, los egotistas, «los advenedizos y mercaderes de la cultura», «surgió una legión de pedantes abstrusos, de insufribles majaderos, embozados de sociología», de «sublimes literatos, tan agudos pensadores, que no se dignaban escribir ni pensar», de adalides en quiebra, como Ganivet (pág. 85).

En definitiva, ¿cuál es el balance? «Paréceme —escribe— que si nos llaman a juicio, vamos a comparecer con las manos vacías» (pág. 86). «Este fracaso era inevitable. No se toma la dirección moral e intelectual de un país por mero antojo de vanidad, sin prestigios y sin méritos. No hemos tenido claridad ni pureza de fines, ni escrúpulos en los hechos. Nos ha faltado el desin-

⁷⁵ Disentimos de la opinión de J. Marichal al equiparar el anti-egotismo de este artículo de Azaña al «antisubjetivismo de Ortega y Gasset en sus años mozos» (J. MARICHAL, introd. cit., pág. XLVI). Creemos, por el contrario, que este artículo es precisamente una contestación crítica a las conferencias ateneístas de Ortega y Maeztu en 1909 y 1910.

⁷⁶ Decía así: «Bajo nuestro paralelo, al menos, los espíritus al tomar la vuelta de los cuarenta años se obliteran definitivamente. Y la reforma española, señores, exige en mi opinión un cambio tan radical en el sistema de preocupaciones y de maneras de querer, de pensar y de conmoverse que es psicológicamente imposible esperar este cambio en las almas ya hechas» (J. ORTEGA Y GASSET, confer. cit., pág. 11).

terés de la obra cultural, que se acaba en sí misma... La renovación interior no se ha hecho todavía» (pág. 86).

Sin duda, como ha puesto de relieve J. Marichal, todavía en 1911 Azaña creía, bajo la influencia institucionista, en la necesidad de una reforma moral del individuo —y esto le separa de otros hombres de su generación— como paso previo a la conquista de las instituciones y del poder político. Las conclusiones de su artículo son, en efecto, una llamada al realismo y a la entereza moral: «hay que empezar de nuevo y poner como cimientos el sacrificio y la modestia. Hay que mirar hacia fuera y no convertir las cosas exteriores en aureola de nuestra vanidad. Y, además, vivir prevenidos contra los iconoclastas que pulverizan las viejas imágenes y después se apresuran a ocupar las hornacinas vacías» (pág. 86).

Los tres textos comentados que, por su mutua imbricación, constituyen un cuerpo único y complementario de doctrina y de estado coyuntural del liberalismo español al inicio de la trascendental segunda década de siglo, son interesantes, fundamentalmente, por lo que tienen de replanteamiento de las relaciones con la sociedad y con el poder; cuestión central, según J. Marichal, de la generación intelectual del 14.

C) EL INTELLECTUAL Y LA SOCIEDAD. CAMPO SOCIAL Y CAMPO DEL PODER

El concepto de intelectual como representación «orgánica» de un grupo social, de que partimos, es una idea base que soslaya de cualquier interpretación idealista del hecho intelectual, pero que ciertamente no puede ser adoptada con un criterio mecánico y simplista. En realidad, uno de los problemas con que siempre se ha topado la sociología de los intelectuales ha sido la ausencia de una lógica social estricta entre el origen y posición social y los idearios políticos. Esto es especialmente relevante en la sociedad moderna, en que se entrecruzan multitud de puntos de vista y de intereses sociales. «El eje perennemente variable del pensamiento moderno —dice K. Mannheim— refleja la aparición de una *intelligentsia* no privilegiada y polarizada, que introduce en la interpretación de las cosas tanta variedad de puntos de vista como están inherentes en la diversidad del transfondo social»⁷⁷.

El tránsito desde una inteligencia relativamente homogénea que parte de posiciones de clase privilegiadas y actúa como agente transmisor directo del sistema social hasta otra fuertemente vertebrada que actúa en círculos institucionales y sociales relativos y que sólo en un proceso consciente de auto-

⁷⁷ K. MANNHEIM, *ob. cit.*, pág. 176.

elección apoya o se opone al sistema dominante es fácilmente comprobable en una institución como el Ateneo. La primera generación ateneísta es, en palabras de Azaña, «unitaria», «todas las biografías se asemejan», «el talento discursivo y la imaginación fértil habilitan a un hombre para el gobierno»; «aquella generación vivió las instituciones que fundaba, miró al Estado como la proyección moral de sus personas»⁷⁸. Hombres de letras al mismo tiempo que políticos, liberales y eruditos, establecieron un acuerdo entre el campo social y el campo del poder, entre la cultura y la política como no se volvería a repetir. Ser ateneísta era ser o estar en el camino de ser gobernante.

Este acuerdo se mantiene, con cambios constantes y progresivos, durante todo el siglo XIX. Pero la proposición tiende y termina por hacerse diferente. La equivalencia ya no es entre ateneístas y gobernantes, sino entre éstos y los cargos directivos de la Junta de Gobierno y de las mesas de las Secciones del Ateneo, más algún otro socio activo que, por casualidad, queda al margen de ellas. Lo que se ha producido, en definitiva, ha sido un crecimiento del patrimonio humano del Ateneo, cuya representación política adoptan los cargos directivos; proceso simultáneo, por otra parte, al de la multiplicación, diversificación y profesionalización general de las actividades culturales y científicas. Con la Restauración, intelectuales —científicos, hombres de letras, profesionales— dedicados preferentemente a sus actividades académicas, periódicas, investigadoras, artísticas, etc., van copando progresivamente las mesas de las Secciones, dejando como patrimonio de los políticos-intelectuales la Junta de Gobierno y particularmente la Presidencia. La inequívoca representación social que en los primeros tiempos se establecía entre burguesía-liberalismo gobernante-Ateneo se torna más confusa. Ciertamente el Ateneo será un círculo burgués durante toda su historia, excepto, tal vez, durante la II República⁷⁹, pero ni la burguesía es una capa social homogénea ni el liberalismo una idea matriz que logre ya absorber las escisiones internas de aquélla, ni el Ateneo un centro que aglutine con exclusividad a ambos. Los elementos democráticos desplazados con la Restauración, el republicanismo, el reformismo social, el institucionismo, el regeneracionismo son fuerzas sociales de muy diversa índole a las que sostienen aquel régimen. Recogen la representación social de la pequeña burguesía más consciente, proclive a con-

⁷⁸ M. AZAÑA, disc. cit., pág. 621.

⁷⁹ Ni los socialistas ni los anarquistas que hemos visto aparecer por los salones ateneístas le imprimen carácter propio. «El Ateneo fue lo mismo que el siglo: burgués y liberal; los movimientos sociales tuvieron allí reflejos teóricos y nada más», dice V. García Martí, *ob. cit.*, pág. 246, refiriéndose al siglo XIX. Y RAMÓN LEDESMA MIRANDA para el XX: «Acabada la guerra del catorce, a él llegaron marxistas y comunistas y los miró escamado y de reojo», en *El Ateneo en su antiguo marco. Ambiente. Ideas y figuras*, Madrid, 1961, pág. 42.

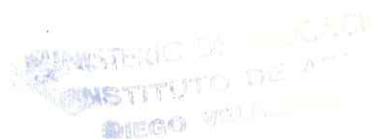
cebir un cuerpo de intereses distintos a los de la oligarquía restauracionista. Son, todas ellas, fuerzas sociales presentes en el Ateneo, bulliciosas bajo el compromiso del turno en la Presidencia de la Casa. Pero son también, en el sentido estricto de la palabra, fuerzas «intelectuales», en el sentido de que adoptan una estrategia reformista, o deliberadamente ajena a la política o sin apoyo social efectivo para poder convertir sus propuestas en alternativa política. Llegará un momento incluso, entre 1899 y 1912, en que un hombre de la Restauración, Segismundo Moret, ocupará ininterrumpidamente la Presidencia del Ateneo mientras bajo ella se agita el desasosiego de una radical, y por primera vez definida, conciencia intelectual. Este hecho es sólo el resultado final de un proceso que se venía gestando a lo largo del siglo XIX: la separación progresiva entre «la órbita ateneísta y el mundo político, singularmente el parlamentario»⁸⁰, el divorcio en la representación de la inteligencia entre el campo social y el campo del poder.

A la generación del 98 se debe la asunción de este fenómeno como una negación. Como decía Azaña, «rompieron con cuanto el Estado representa», con la «continuidad histórica» que él encarnaba⁸¹, es decir, con el liberalismo oligárquico que había sido la línea vectorial de todo el siglo y que las generaciones intelectuales anteriores habían recreado dirigiendo la mirada, más que a la sociedad, a la organización estatal y a los mecanismos de dominación social. Sin formular, en ningún caso, otra alternativa liberal, ni dictatorial como el regeneracionismo costiano, ni, desde luego, dando el paso hacia el socialismo.

La generación del 98, se ha dicho más arriba, participaba a partes iguales de la ideología regeneracionista y del esteticismo modernista. Como aquella, era la representación de la pequeña burguesía sacudida por la crisis de finales de siglo. Lo significativo de los hombres del 98, y lo que catalizó su fracaso, su disolución como generación, no fue que convirtiesen en mitos estéticos los problemas de la España del momento, ni mucho menos que tratasen de hacerlo con hondura poética y depurado estilo, sino precisamente que convirtiesen su rebeldía personal en esteticismo. Tampoco podía ser de otro modo. La pequeña burguesía, a la que representaban, no poseía un programa político propio sobre el que centrar los esfuerzos. Y cuando la representación social de un grupo intelectual no se alinea directa o indirectamente en una alternativa de poder político termina por caer en el esteticismo. ¿Marxista Unamuno? ¿El colaborador de *La Lucha de Clases* o el egotista de los años posteriores? ¿So-

⁸⁰ M. AZAÑA, disc. cit., pág. 631.

⁸¹ *Ibidem*, pág. 632.



cialista Maeztu? ¿El que en el mismo año de 1910 clama en el Ateneo por la salvación del individualismo liberal y escribe a Ortega declarándose socialista?⁸² ¿Anarquista, hombre de acción Azorín? ¿El que en 1902 escribe *La Voluntad*, describiendo a un personaje arquetipo de la «bulia y el que en 1907 es ya diputado conservador? ¿Hidalgo carlista Valle-Inclán? ¿El mismo que colocará ante la sociedad española su espejo cóncavo?

Veintidós años después del 98, en *La Correspondencia de España* de fecha 7 de abril de 1920, Ramiro de Maeztu expone su opinión sobre *La influencia de los intelectuales*. «¿No tienen los intelectuales españoles parte de culpa en su falta de influencia?», se pregunta. «Hace veinte años se libró en Francia una gran batalla interna entre militares e intelectuales, a propósito de la cuestión Dreyfus. La ganaron los intelectuales.» «La influencia de los intelectuales depende, naturalmente, de que tienen detrás a considerable parte del pueblo, que les lee, les admira, y aun los vota cuando presentan su candidatura para unas elecciones»⁸³. Maeztu achaca al intelectual español su individualismo, su preocupación por la nombradía personal en detrimento de la cultura, no haber sido, en una palabra, «educador de su pueblo» como lo ha sido el francés.

Aunque la posición de Maeztu es egotista, centrada sobre la misión del intelectual más que sobre su función social, y aunque tampoco tardará en exponer opiniones diferentes y aun contradictorias con aquellas⁸⁴, lo cierto es que expresa el hecho de una interferencia cierta entre los intelectuales y su base social. Los hombres más conscientes del 14 adoptarán a este respecto una mayor coherencia al proponer una etapa de reconstitución liberal, de trabajo y de realismo para interpretar y dar cauce político adecuadamente a las demandas e intereses de la sociedad española del siglo xx.

Naturalmente estamos hablando, en todo caso, de los hombres más representativos de cada generación, en los que, con mayor o menor propiedad, encarnamos el desarrollo del pensamiento y de las tendencias sociales. Pero mientras tanto, ¿qué sucede con los profesionales, los técnicos, los escritores y artistas de segunda fila, etc., que renuevan constantemente las filas de la administración pública, del mundo académico, de la cultura, de la economía, y que cumplen un destacado papel en la reproducción del sistema social? ¿Con qué talante se enfrentan a los hechos sociales y a los mecanismos del poder? ¿Qué ideología imprimen a su actividad? ¿Son los peones de brega de la oligarquía y el caciquismo restauracionista? ¿Terminan por adoptar una posición

⁸² Véase J. L. ABELLÁN, *ob. cit.*, págs. 148-149.

⁸³ Artículo recogido en R. DE MAEZTU, *Los Intelectuales y un epílogo para Estudiantes*, Madrid, 1966, págs. 15-16.

⁸⁴ Véanse diversos artículos sobre los intelectuales escritos entre 1924 y 1931, recogidos en *ob. cit.*, págs. 23-44.

crítica frente a la inercia de aquel régimen, es decir, cuestionan de alguna manera su propia función social al margen del poder?

Son preguntas para cuya respuesta precisaríamos haber realizado ya el esquema de investigación trazado a principio de estas líneas. Nos conformaremos con apuntar aquí cuatro testimonios aislados de comparecencia intelectual y profesional que, si bien nos impiden extraer conclusiones en ningún sentido, nos informan de la interesante y sugestiva problemática que afecta a las clases intelectuales y profesionales españolas de principios de siglo. Los cuatro testimonios son respectivamente una reunión del Colegio Médico de Madrid celebrada en el Ateneo en noviembre de 1908, la protesta de la prensa ante las presiones y censuras del Gobierno Maura sobre los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, la reunión de un grupo de abogados del Colegio de Madrid en el Ateneo para dar una respuesta conjunta a los problemas judiciales que presentaban los procesamientos que siguieron a aquellos hechos y concretamente la ejecución de Ferrer, y también para constituirse en asociación independiente del Colegio de Abogados, y por último, la Asamblea de Ingenieros Industriales realizada también en el Ateneo entre los días 11 y 17 de noviembre de 1909.

El *Heraldo de Madrid* de 27 de octubre de 1908 informaba del interés despertado por la próxima reunión del Colegio de Médicos de Madrid, convocada por su Presidente, el doctor Pulido, con el objeto de dar cuenta de su gestión. «La ansiedad es natural —añadía la información— pues en el ánimo de todos está lo mucho que la Junta Directiva, las Comisiones adjuntas y el Presidente han trabajado para llegar a soluciones prácticas en los múltiples problemas que afectan a la clase médica y que son causa de que atravesase por tan difícilísimas circunstancias, mejor dicho, por una verdadera crisis social.» Los datos de esta crisis social —de «apatía, indiferencia..., absoluta falta de compañerismo» habla la información del día 27— los completará el doctor Pulido días después en el discurso inaugural de la reunión. Habló sobre el «malestar grave que las clases médicas sufren..., observándose con verdadero espanto que marchando de mal en peor nuestros intereses económicos, se viene encima un período de regresión profesional desastroso»⁸⁵. Nunca hasta hoy —continuaba— han estado «los médicos tan maltrechos, sus fueros tan desconocidos, sus intereses tan saqueados, su tributación tan onerosa, su independencia tan sometida a esclavitud», de modo que «la miseria negra» amenaza al «proletariado médico». «Y ante esta multitud de hechos —seguía— persiste aún la indolencia de la clase médica en defensa de sus intereses...,

⁸⁵ *Heraldo de Madrid*, 8-XI-1908.

lo que sucede no tiene otro fundamento que nuestra apatía y nuestra desunión frente a las invasiones de las demás clases sociales, sucediendo que nos reunimos por el motivo doctrinal y clínico, pero no lo hacemos, ni tenemos constancia si alguna vez lo intentamos, de tratar el asunto profesional». Continuó su discurso dando cuenta de la marcha corporativa del Colegio (1.142 socios en total), señalando a «142 colegas que viven extraños a este movimiento corporativo y en cuya cifra figuran catedráticos, especialistas afamados, prácticos enriquecidos». La reunión concluyó finalmente con la formación de Comisiones especializadas; comisiones muy útiles para conocer los problemas y ambiciones corporativas de los médicos madrileños: «la de sociedades, que va a estudiar la cantidad y calidad de lesión sanitaria y económica que a la sociedad y a la profesión causan las Asociaciones industriales de asistencia médica», «la de intrusismo y de disciplina médica» y «la de contribución industrial amenazada por la reforma anunciada».

El segundo dato del desasosiego de las clases intelectuales nos llega de la propia prensa. Aunque la suspensión de las garantías constitucionales impuesta por el Gobierno Maura después de los sucesos de Barcelona de 1909 no supuso la censura previa de los periódicos madrileños, la actuación gubernamental en este campo estuvo salpicada de presiones informales, de telefonazos arbitrarios que dictaban lo publicable y lo prohibido. La ofensiva contra esta política comenzó en *El Imparcial* del 11 de septiembre con un editorial contra *Los delirios de la represión* en Barcelona. El 14 se reunieron los directores de varios periódicos de Madrid, acordando la publicación conjunta de una nota de protesta y el desplazamiento de varios periodistas comisionados a provincias para recabar el apoyo de los medios de difusión provinciales y locales. *El Imparcial* reseña diariamente durante todo el mes de septiembre los telegramas de adhesión de un importante número de ellos. Ortega y Gasset, en su conferencia del día 15 de octubre, se hace eco de este estado de efervescencia en que ha vivido la prensa. Clama contra el estado moral de un Gobierno que permite «que se amenace a la Prensa y se la trate con gestos y frases de rey de taberna, como si la Prensa fuera tan sólo una industria de una sociedad anónima y no fuera además un derecho de los ciudadanos»⁸⁶. Por los mismos días de la protesta diversos políticos e intelectuales exponen argumentos semejantes en entrevistas y comunicaciones a la prensa: Sánchez Toca, Carner, Canalejas, Pérez Galdós, Melquiades Alvarez hablan de la prensa como tutor y guía de la opinión pública, a la que tiene la obligación de servir por encima de intereses concretos de partido y de gobierno y acusan

⁸⁶ J. ORTEGA Y GASSET, confer. cit., pág. 14.

al Gobierno Maura no haber sabido comprender la «función social que en las modernas democracias corresponde a la prensa»⁸⁷.

Los sucesos de Barcelona de 1909 y sus posteriores consecuencias desencadenan también el movimiento de los abogados. *El Imparcial* de 22 de octubre de 1909 informaba de la reunión en el Ateneo la noche anterior de varios abogados del Colegio de Madrid. En la reunión se decidió «contestar al telegrama dirigido por la Curia Romana al Colegio de Abogados de Madrid, felicitar al Sr. Galcerán por la noble defensa de Ferrer y procurar por los medios legales la libertad del Sr. Macías»⁸⁸ y que se facilite la defensa por sí mismo ante los tribunales». A este último fin se formó una comisión integrada por los diputados Soriano y Nougues y los señores Bores y Romero, Arimón, Barrio y Morayta, Arantave y Joaquín Moral con el encargo de visitar al ministro de Gracia y Justicia y al de Marina «para gestionar todo lo referente al proceso del Sr. Macías».

El telegrama redactado para contestar a la Curia Romana decía así: «Los que suscriben, abogados del Colegio de Madrid, saludan respetuosamente a la Curia Romana y contestando, en cumplimiento de un deber de cortesía, al expresivo telegrama dirigido por varios de sus miembros a nuestro decano, manifiestan que toman parte activa en la protesta europea contra los intolerables atentados a las públicas libertades y a los derechos más sagrados y esenciales para la vida social en toda nación civilizada de que han sido víctimas los españoles durante la última etapa política de nuestra patria».

Por último, los abogados reunidos discutieron la «necesidad imperiosa» de constituirse en Asociación libre «para la defensa de sus derechos, porque éstos se hallan abandonados por el Colegio». A tal fin se nombró una comisión encargada de formar la ponencia constitutiva, integrada por los abogados Prieto del Río, Arantave, Arimón, Barrio y Morayta y Aragón.

Cuatro días más tarde *El Imparcial* transcribía los nombres de 55 personas adheridas hasta ese momento a los telegramas a la Curia y al señor Galcerán, informaba de la entusiasta acogida dispensada a la idea de la Asociación libre de abogados y daba de nuevo los nombres de los abogados de la comisión gestora; nombres a los que se habían unido los de Eduardo Ortega y Gasset y Barriovero Herranz. Por fin el día 29 de octubre el mismo periódico daba la

⁸⁷ «Opiniones de D. Melquiades Alvarez», en *El Imparcial*, 28-IX-1909.

⁸⁸ Juan Macías del Real, miembro del Cuerpo jurídico de la Armada que en abril de 1908 había acusado al Gobierno Maura de cohecho en la concesión del contrato de construcción de buques a la Sociedad Española de Construcción Naval. Véase MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Política naval de la España Moderna y Contemporánea*, Madrid, 1946, págs. 217-256. Véase también JOAN CONNELLY ULLMAN, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socio-económicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Barcelona, 1972, págs. 68-70.

noticia de la constitución en el Ateneo de la Asociación Libre de Abogados. En la reunión, presidida por Alfonso de Arantave y con numerosa asistencia de abogados, hablaron algunos de los componentes de la comisión gestora. Barrio y Morayta negó que la nueva Asociación estuviese animada de propósitos hostiles a los Colegios de Abogados. «Nada más lejos que esto —dijo—, siendo su finalidad primordial el compañerismo, su razón de origen se encuentra en la necesidad de mayor amplitud y libertad, para atender a los múltiples e imperiosos fines, de los que permiten las estrechas normas de los Estatutos, que no es posible conseguir se reformen dentro de los Colegios, por otra parte»⁸⁹. Barriovero expuso las bases y objetivos de la Asociación, entre los que se mezclaban reivindicaciones corporativas y profesionales: depuración de la profesión, combatir el intrusismo, estudiar y proponer a las Cortes una nueva forma de tributación para los abogados, recabar del Colegio y del Gobierno pensiones para ampliación de estudios en el extranjero, organizar congresos, etcétera, con otras tendentes a dignificar e independizar la función judicial y abrirla a un mayor contacto con la realidad social: recabar de los tribunales respeto y consideración para la magistratura de la defensa, «protección a las víctimas de atropellos y desafueros», estudiar y proponer reformas en las leyes y en los procedimientos, comentar, anotar y explicar las leyes que publiquen los gobiernos. Concluyó por fin poniendo de relieve el sentido moderno de la Asociación, «la cual permitirá que una de las clases intelectuales de España más importantes tenga una representación adecuada con la que prestar el influjo y el apoyo de su trabajo a la patria, dentro de su esfera particular»; sentido moderno también presente en su organización interna, al carecer de junta de gobierno y funcionar a base de Comisiones especializadas.

Por último, la Asamblea de Ingenieros Industriales celebrada en el Ateneo entre los días 11 y 17 de noviembre de 1909. La sesión inaugural fue presidida por el Ministro de Instrucción Pública y en ella habló primero el Presidente de la Comisión organizadora exponiendo la finalidad de la Asamblea: «asegurar la existencia e interés del cuerpo de ingenieros industriales, íntimamente ligados a los del país, toda vez que la misión de aquéllos es la defensa de los productos nacionales en la lucha por la conquista del mercado nacional»⁹⁰. Habló a continuación el señor Azcárate en representación del Instituto de Reformas Sociales, explicando su presencia por la «relación que forzosamente tiene que existir entre el cuerpo de ingenieros industriales y el Instituto» y por último el Ministro «se ofreció valedor de las aspiraciones del cuerpo dentro de lo que consienten las circunstancias y los intereses del Estado». Las

⁸⁹ *El Imparcial*, 29-X-1909.

⁹⁰ *El Imparcial*, 11-XI-1909.

sesiones de los días siguientes se dedicaron a la lectura de diversas ponencias técnicas.

Aun con las limitaciones antes señaladas podemos extraer a modo de hipótesis de los cuatro testimonios de encuadramiento y movilización intelectual algunas conclusiones de valor exclusivamente indicativo. La primera de ellas es la vertebración de los grupos intelectuales y profesionales en campos diferenciados de intereses y preocupaciones sociales: por su *status* profesional y social, primero, y a este respecto tal vez no tanto a causa de una crisis momentánea cuanto por la modificación sustantiva de las condiciones tradicionales de desenvolvimiento del profesionalismo liberal que toda modernización económica conlleva. La segunda es la tendencia todavía a definir los intereses profesionales en términos corporativos, sin cuestionar este sistema de encuadramiento propio del profesionalismo liberal; y por último, y como síntesis de esta dialéctica, la tendencia a definir las funciones intelectuales en términos sociales y, en consecuencia, a arbitrar un tipo de asociación libre. Naturalmente que éstos son pasos de una dialéctica necesaria en el desarrollo de la producción económica y cultural, aunque consciente en sus momentos y campos particulares y, por lo tanto, simultáneos.

No es un hecho accidental que todas estas manifestaciones intelectuales elijan los salones ateneístas para expresarse. El Ateneo, que fue durante gran parte de su historia una punta de lanza del nuevo saber, es ahora —primeras décadas del siglo xx— una avanzadilla de la conciencia intelectual. Parafraseando las palabras de Azaña podríamos decir que lo que se difunde como novedad en el campo del pensamiento social, lo que termina enfrentando a los políticos, las experiencias y trazos que marcan el signo de una generación, lo que acaba definiendo una época, ha sido ya con anterioridad un hecho ateneísta. Esa es sobre todo su razón de ser más generosa.

¿Podemos concluir de esto la existencia de un tipo específico de «intelectual ateneísta», expectante, polemista, vigía de la marcha de la sociedad, capaz de trascender la pluridisciplinariedad del pensamiento moderno para reconciliarse con la unidad de la experiencia histórica concreta? Así parece expresarlo Azaña en su discurso de 1930. La generación del 98 dejó, según su opinión, como impronta permanente en el Ateneo su capacidad de elevarse desde la particularidad de las distintas aplicaciones del talento y del trabajo a los problemas generales del interés nacional. En 1930 esta tarea es de una importancia excepcional. «En la gran renovación y trastorno necesitados por la sociedad española —dice— la función del Ateneo es primordial»⁹¹. «Se me

⁹¹ M. AZAÑA, disc. cit., pág. 632.

dirá —ya se me ha dicho— que esta fase de la actividad del Ateneo rompe la disciplina mental, quebranta la especialización, inexcusable si ha de hacerse algo bueno en la vida. Yo no lo entiendo así. No se pretende que el jurista, el biólogo, el filósofo, el poeta, prostituyan su trabajo profesional llevándolo a fines bastardos, extraños al puro objeto de su ciencia y de su arte. Se pretende que, especialistas a su hora, sean hombres a todas»⁹².

Juan Marichal, siguiendo también a Azaña, da un paso más y atribuye un carácter «ateneísta» a los grupos intelectuales y políticos madrileños (excepto el socialista) frente a las ideologías catalanas, «expresión de fuerzas económicas y posiciones sociales muy reales»⁹³. Añadimos dos testimonios de la época que expresan esta misma contraposición. Ramiro de Maeztu en su conferencia ateneísta de 1910 valora así el clima de agitación cultural y política que siguió al 98: «Claro que estos años de crítica negativa no se han perdido totalmente. Es preferible negarlo todo como hemos hecho en Madrid, a aceptar como realidades meras apariencias de valores, como se ha hecho en Barcelona. Cuando en Madrid proclamábamos hasta en los títulos de nuestros periodiquitos de combate de hace diez y doce años: *Germinial, Vida Nueva, Revista Nueva, Electra, Juventud*, la urgencia de renovarlo todo, había en provincias quien recogía nuestras críticas, se servía de los escombros que por acá hacinábamos para levantar con ellas sus palacios fantásticos, y decía: *los de Madrid no valen; pero nosotros sí*. De esta suerte se preparó, no en Barcelona, sino en Madrid, y con ocho años de anticipación, esa Solidaridad Catalana, que luego se deshizo, sencillamente, porque tampoco era verdad que sus políticos, sus financieros, sus fabricantes, sus artistas y sus escritores fueran verdaderamente políticos, financieros, fabricantes, escritores o artistas. Orgullo de Madrid fue entonces haberse negado a sí mismo: vanidad provinciana la de pretender afirmar lo que no era»⁹⁴.

Ese «nosotros sí valemos», esa necesidad de representar las razones del interés más que la pura superestructura de las ideas, en realidad instrumento ciego de otro tipo de interés que no ha llegado todavía a dotarse de una racionalidad social, la encontramos en el libro *La Cuestión Catalana*, escrito por el miembro del Fomento del Trabajo Nacional, Guillermo Graell, y publicado en 1902. En uno de los capítulos estudia *Las profesiones y el Congreso de Diputados*. Critica, muy dentro del espíritu regeneracionista, la inadecuación entre la estructura económica del país y su representación parlamentaria.

⁹² *Ibidem*, pág. 633.

⁹³ J. MARICHAL, «El tránsito de un mundo histórico (1934-1940). El testimonio de Manuel Azaña», en *o. c.*, t. III, pág. XIII.

⁹⁴ R. DE MAEZTU, confer. cit., pág. 347.

El 90 por 100 de los diputados de las Cortes de 1901 son profesionales liberales (abogados, funcionarios), mientras que agricultores, industriales y comerciantes sólo están representados en el 10 por 100 restante, cuando ateniéndose a su peso relativo en la economía nacional la representación equivalente debería adoptar el siguiente orden: agricultura, industria, profesiones liberales, comercio y ex-funcionarios. La estadística cobra su verdadero significado al considerar la valoración que un poco antes ha hecho de las profesiones liberales: «No pretendo sostener que las profesiones liberales sean inútiles, y mucho menos nocivas, sino que es excesivo el número de los que las cultivan, y que todas las cifras anteriores demuestran la aversión al trabajo productivo, cuando no su desprecio»⁹⁵.

Pero la categoría «ateneísta» definida con estos trazos es fundamentalmente social. Expresa una interferencia entre el intelectual y la sociedad, un desarraigo social de aquél y una huida final al campo de las ideas, de la cultura, de la superestructura estatal, que termina así por convertirse simplemente en expresión ideológica y en instrumento de dominación. En este sentido la simbiosis entre cultura y política en la contemporánea historia de España, reflejada fielmente en el Ateneo, se encuentra enmarcada por una deficiencia: la escasa implantación y fuerza de la burguesía moderna, consciente de su misión histórica, de su racionalidad más legítima que ha sido en todo el mundo occidental la realización de la moderna revolución económica. El Ateneo ha sido simplemente el nexo común de todas estas opciones intelectuales. El concepto ateneísta no es, en consecuencia, unívoco. Puede definir al intelectual consciente, explorador adelantado de la marcha de la época, al político que busca su justificación en la cultura y su clientela entre los intelectuales, al esteta que discute en la Cacharrería sobre el sexo de los ángeles. Si bajo todos ellos existe una común frustración, esa es la de la propia sociedad española.

⁹⁵ GUILLERMO GRAELL, *La Cuestión Catalana*, Barcelona, 1902, págs. 24-25.